REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXIII | San José, Costa Rica **1937** Sábado 10 de Abril | Num. 14

Año XVIII — No. 798

SUMARIO

Nuestro Aquileo Echeverría

Por MAX JIMENEZ

= Colaboración. Costa Rica y abril de 1937 =

Padre, hijo, la más cercana vecindad de la carne, frecuentemente tan lejos del espíritu.

En Gonzalo Echeverría, la palabra papá cobra el más noble de los cariños, el cariño comprensivo que tanto necesitan los poetas, especialmente los poetas hombres.

Gonzalo Echeverría está dentro de estas líneas todo el tiempo.

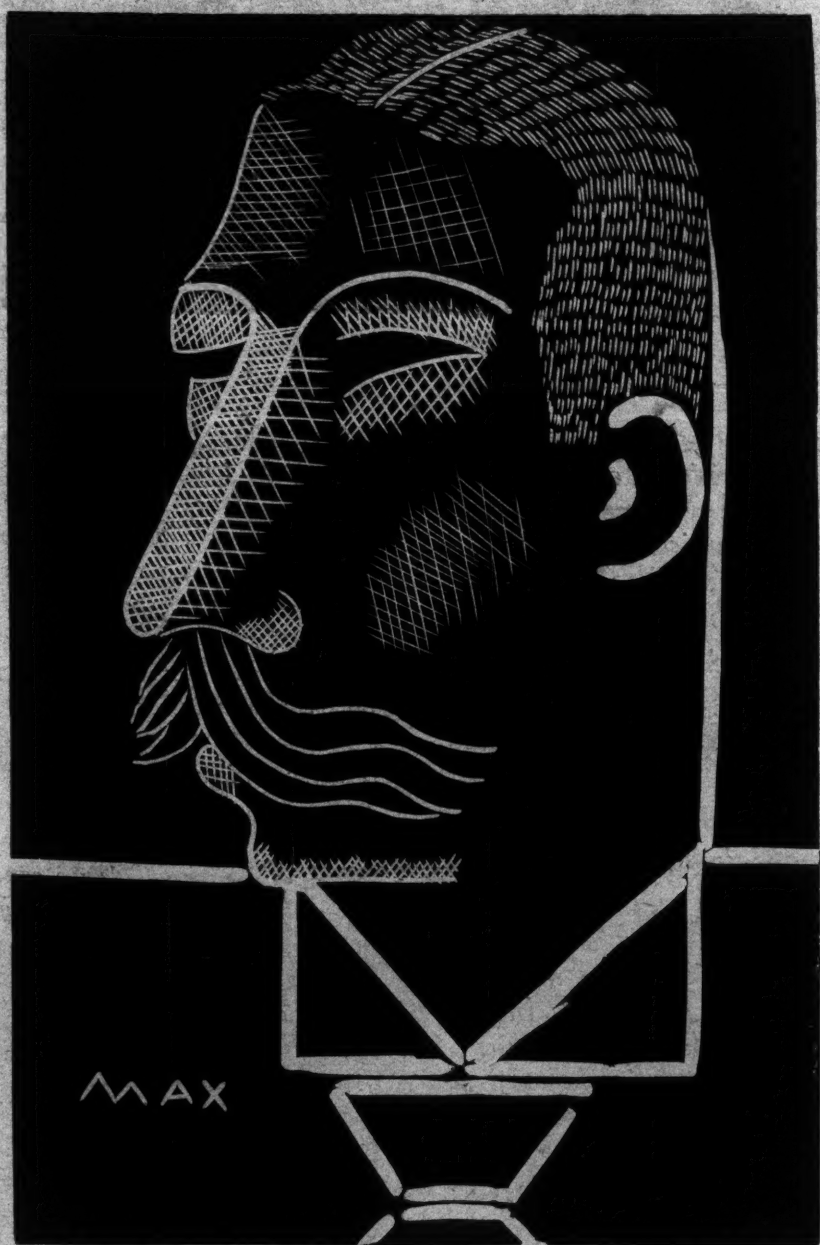
Poeta y hombre. ¿Puede serse poeta sin andar por las "ventas y los caminos"? No creo que pueda decirse en ritmo, nada de la vida de las gentes con las cuales no se ha compartido la miseria del mundo. Los poemas quedan para los otros, la vida es lo único que se nos arranca, mientras la tenemos es nuestro único poema. En la hora final, cuando el recuento de la vida, glorioso el poeta que la ha usado profundamente. Feliz el poeta que ha sido para el señor de todos los días, loco, desordenado.

Qué puede haber más grande para un hijo, cuál tributo mayor a la memoria de su padre; cuando su padre ha sido un gran poeta, que decirse en los momentos de amable recuerdo: ¡Como comprendí yo a mi padre!

Rubén Darío le escribió de la Argentina: venite para acá.

También dijo que nosotros teníamos un poeta, un teatro y un diplomático. Creo que el diplomático y el teatro ya han desaparecido.

En cambio, en la ciudad de Heredia, en donde las iglesias y los hombres guardan y estimulan el sentido poético, nos hemos juntado gentes de distintos oficios al rededor de Aquileo Echeverría.



Aquileo J. Echeverría

Madera de *Max Jiménez*

Está en el poder de los poetas, apartar a las gentes del sentido bajo y desde luego político, de plaza pública para reunirse en el valor de la patria imperecedera.

Sin embargo, el poeta Sotela, y yo, que pienso hacer unos versos, desearíamos un monumento simple: sobre una columna de granito, cuadrada y sin pulir una cabeza de bronce que habrá con el tiempo de cobrar el color verde oscuro de los inmensos higuerones que nos darán sombra. Cada año se lavarán nuestras cabezas, antes del día conmemorativo por lo que puedan haber dejado allí los yigüirros al saltar del bronce a los higuitos.

O a lo mejor la penumbra verde, dada por los higuerones, hará que nuestra memoria se marchite, y nosotros aburridos de no oír los discursos oficiales, y las rimas de los camaradas, nos iremos a repasar los caminos de Aquileo.

Llegaremos a la estación de Heredia, en donde Aquileo momentos antes de pitar el tren le dijo al pulpero, alístame un trago de a quince, y el vuelto de cinco pesos, con la premura de tomar el tren, Aquileo, dejó al pulpero eternamente esperando los cinco pesos.

Parece que el señor suegro de Aquileo, le prestó el bastón, bastón con adornos, oro sobre carey, el poeta lo rifó entre algunos amigos, al agraciado le dijo, mirá ese bastón no es mío, ¿cuánto pusiste vos?, pues un peso, bueno pues tomá el peso para que no perdás nada y devolveme el bastón.

Aburrido el poeta de las cuentas que le pasaban a

diario, en sobres molestos, puso un aviso en su casa que decía: "no se abren cuentas".

El sastre tenía el honor de ser acreedor suyo, pero ya fatigado de tanto ad-honorem, le dijo, vea don Aquileo ya tengo que tomar medidas, a lo que él le contestó, si en realidad he enflaquecido un poco, tómeme nuevas medidas.

En una ocasión, manifestó a su señor suegro el vehemente deseo de trabajar, el señor le montó en el Barrial una pulpería, con licores, pero solamente los licores se realizaron, pero no por dinero, sino que los terminó Aquileo con los patillos, probablemente a cambio de algo muy superior al dinero, los decires del pueblo que lo inmortalizaron.

Aquí en mi país, cuando un estudiante viene de Europa, se le da una comida, y no es de extrañar que el venido tenga parientes oradores, aquí eso se estila. En una de esas fiestas hubo los discursos del caso, al poeta Aquileo, que se había mantenido muy callado le pidieron algo, en el mantel, bajo el plato, había escrito:

Estuvo diez años fuera
y su más ferviente anhelo
fué traer una gran carrera
la que le divide el pelo.

Nuestro poeta como Paul Verlaine fué vital. Cuando a Verlaine lo llevaron a Bélgica a dictar unas conferencias llegó efectivamente a Bélgica, pero no a las conferencias, porque en el camino se encontró con unos chiquillos jugando a policías y ladrones y se quedó con ellos, desde luego en un oficio más noble que el de dar conferencias.

También como Verlaine fue profundamente desgraciado, el humor esa señal de inteligencia, que tan mal manejamos por estos lados, nos abandona con excesiva frecuencia.

En mi país, cuando hace frío, subirse la solapa del saco se llama ponerse el sobretodo de Aquileo.

A don Cleto González, presidente de Costa Rica, de siempre, por su sentido republicano democrático le escribía:

"Volviendo a lo mío, mi situación es clara, mejor dicho oscurísima. Terminados los reales con que cuento, lo que sucederá a fines del mes, no me queda otra puerta abierta que la del Hospital Público. Tendré que ampararme a la caridad oficial.

La idea de este paso no lastima mi orgullo, le hablo con toda sinceridad, porque yo no veo nada en mí que me acredite a mis propios ojos con derecho a mayores consideraciones, que aquellas de que disfrutan los infelices a quienes se da entrada en ese establecimiento". Aquí también habrá de recordarse a Verlaine que llamaba al hospital su Palacio Blanco.

Luego, por los pequeños cuidados que nombró Rubén, le propone al señor ex-presidente un negocio con números, el pobre Aquileo haciendo números, para establecer un sistema de correo rápido en el cual los carteros irían en bicicleta.

Costarricenses, amigos de fuera, nosotros tenemos un poeta, no poeta cursi de velada de caridad, ni salón de fin de estudios, un poeta hombre, que se nos allegó de alma y de cuerpo, que nos fue dejando su vida en jirones, y que encontró consuelo en la hermana ironía. Muy nuestro y con ser muy nuestro muy todo, si no oíd:

Tristes son sus pensamientos
pero marchan decididos,
porque los hombres valientes
no suelen ser reflexivos.

Una vez que al campo llegan
y ya puestos en el sitio,
tiran chaqueta y sombrero
sobre un pedrusco vecino.
—¿Me perdonas si te mato?
—¡Está claro! ¿y bos?
—Lo mismo.
—Pues si querés empesemos.
—Empesemos Secundino.

El 11 de marzo de 1909 de la ciudad de Barcelona en la corte de Dios, se adelantó un hombre a recibir a nuestro Aquileo, aquel hombre tenía el lienzo del gorjal marchito, y espada de cubierta usada, aun con manchas de sangre, encontrada en las encrucijadas, bajo los tímidos rayos de un farol, al lado de la ventana enrejada, sangre extraída de corazones mezquinos y de mente estrecha, aquel hombre que se adelantaba ante nuestro hombre y poeta, debió ser, seguramente era, Don Francisco de Quevedo y Villegas.

Magnanimidad de San Martín

Al día siguiente (domingo 12 de abril) de obtener el tardío perdón de los Carrera, que sus enemigos convertirían en un nuevo capítulo de acusación, San Martín se apeaba de su caballo a inmediaciones de un rancho, en un pintoresco sitio a diez kilómetros de Santiago, denominado El Salto, para consumar silenciosamente uno de aquellos actos de magnanimidad que son reveladores de una naturaleza superior. Como se dijo antes, la cartera que contenía la correspondencia secreta del General Osorio, había sido tomada por O'Brien en la persecución de Maipu, quien la entregó cerrada. Allí estaban las pruebas escritas de la traición de muchos chilenos, que aterrados por el desastre de Cancharrayada habían abierto comunicaciones con el enemigo triunfante, declarándose entusiastas realistas. Este fué el único botín de la victoria que el generalísimo se reservó, y que a nadie comunicó. Otro hombre menos sagaz, como lo observa un historiador, habría convertido cada uno de esos papeles en un auto cabeza de proceso contra sus autores, llenando las cárceles de patriotas bien intencionados, cuyo único delito era la pusilanimidad. El taciturno vencedor sentóse al pie de un árbol solitario, y leyó una por una todas las cartas. En seguida pidió que hiciesen una fogata a sus pies, y quemó todos aquellos testimonios acusadores, que convertidos en cenizas se llevó el viento del generoso olvido. Al consumar este acto, hallábase sentado en una tosca silla de madera, que fué en tal ocasión el trono de la magnanimidad modesta del que, al trabajar por la libertad de un continente, perdonaba ante su conciencia a los que habían dudado de su genio. Fué único testigo de esta escena su fiel ayudante de campo, a quien ordenó imperiosamente guardara silencio sobre lo que había visto o podido leer (*). Un día después (13 de abril), se puso en marcha hacia Buenos Aires para buscar en el Río de la Plata, como después de Chacabuco, los medios de asegurar la dominación del mar Pacífico y realizar la expedición al Perú. El lunes 11 de marzo, a las 6 de la mañana, estaba en su hogar al lado de su esposa, sustrayéndose por segunda vez a la entrada triunfal que se le había preparado, y que el director le rogara aceptase. La Gazeta decía con este motivo: "No puede caber la pequeñez de solicitar los honores del triunfo en el que ha tenido la gloria de merecerlos".

(Lo cuenta *B. Mitre* en el tomo II de la *Historia de San Martín*. Buenos Aires. 1889).

(*) Conversación con el general O'Brien. Véase Barros Arana: *Hist. de la Indep.*, tomo IV, p. 377 y Vicuña Mackenna. *Rel. Hist.* 2da. parte, p. 653-654. En el mismo sitio donde pasó la escena relatada en el texto, O'Brien hizo construir una cabaña de recreo, y entre sus muebles figuraba la tosca silla de madera en que estuvo sentado San Martín al quemar las cartas: en el respaldo de este mueble histórico se leía esta inscripción: "*San Martin's chair*. En este mismo lugar San Martín quemaba toda la correspondencia que ha tenido el General Osorio con los de Santiago, y tomada después de la batalla de Maipu, 18-12".

Hazaña y triunfo americanos de Nicolás Guillén

Por JUAN MARINELLO

= *Envío del autor. México, D. F., marzo de 1937.—Comentario en el libro de Guillén: Cantos para soldados y sones para turistas.* =

Todo libro, el más humilde, plantea un problema. Los libros poderosos lo resuelven, además. Este de Nicolás Guillén fuerza a una meditación cuidada sobre lo lírico revolucionario y nos entrega al propio tiempo, en su excelencia, la mejor salida a la meditación.

Por la calidad, por la naturaleza de sus poemas, este libro es conflicto y solución, aventura y triunfo, experiencia y culminación. Hay en estos versos hazaña atrevida y conquista señera. No se exagera al decir que desde aquí se muestra un modo nuevo, inusitado, de poesía revolucionaria. Y puede afirmarse sin miedos que toda poesía política que se realice hoy en nuestras tierras ha de lucir, en la entraña, la sustancia de estos cantos limpios y fuertes.

¿Por qué ha cobrado vida en Nicolás Guillén una tan cabal realización artística? ¿Por qué cuentan ahora nuestros pueblos con esta voz magna? ¿Por qué ha logrado en su obra última "voz de Continente"? Señalar aquí las dotes numerosas del poeta de *Songorocosongo*, su maestría de la palabra, su señoría del ritmo, su capacidad de síntesis, su maravilloso sentido de lo popular, su anchura para el gran propósito, sería cosa descaminada. La gran obra, ya se sabe, quiere, requiere, al artista grande. Lo que interesa es precisar por qué razones tantas facultades de excepción cumplen un significado trascendente, por qué circunstancias las dotes numerosas desembocan en una tarea de tamaño inesperado.

He sospechado siempre que para que un artista alcance verdadera grandeza no importa la posesión de calidades genuinas y poderosas sino la capacidad para saber utilizarlas en una obra transida de la inquietud más aguda y honda que su tiempo le brinde. En su sentido de ordenación de sus dotes reside sin duda la validez vitalicia de su tarea. Pero no se trata de una calidad aparte ni menos de una hábil malicia para usufructar fuerzas innatas. Estamos hablando de una capacidad de entendimiento que es como el color de las mismas dotes preciosas, como la manera de manifestarse el don lírico. Es la potencia de ese don lo que trae su soberano dominio.

Ese poder de entendimiento y de síntesis viene en Guillén de raíces raciales y de lealtades al pueblo que lo engendró. Nicolás Guillén es una integración sorprendente de naturaleza y cultura; de la naturaleza en su impulso primario, indefectible, vencedor: de la cultura como sabio usufructo del ímpetu natural. Ello le nace del tesoro de sus sangres: grito irrestricto, músculo gigante de su Africa ancestral: dominio de técnicas y virtuosismos del abuelo auropeo. Sus sangres han salvado a Guillén y logrado en él uno de los momentos más plenos de nuestra lírica actual. No ha podido,— ¡gran suceso!—meter su cultura blanca por los caminos de un arte vagabundo, aséptico y sibilino. La voz de la selva que lleva en sí se lo ha impedido radicalmente. Supo por esa voz orgánica, más a tiempo que el soldado de su *Elegía*, que "viene de la tierra, que es de tierra y a la tierra dará su amor postrero". A la tierra de Cuba, a la tierra antillana, a la tierra hispánica de América, ha dado Guillén todos sus amores. Y la tierra, dicen por Andalucía, no se queda con nada de nadie: le ha retribuído con su larga generosidad el ímpetu firme de su poema de ahora.

La utilización del impulso telúrico, hazaña primordial de Guillén, es para mí no sólo el relieve de un caso artístico sino la ocurrencia de un gran hecho americano. Hay en el poeta de *West Indies* una milagrosa capacidad para insuflar su potencia natural en moldes de la mejor calidad tradicional. El perfecto maridaje entre el soplo primitivo y la expresión culta de viejas sabidurías es la clave del valor de estos poemas. Nunca en nuestra lírica la voz múltiple de la masa ha encontrado vestiduras como éstas, a un tiempo fieles y transformadoras.

Está ya fuera de toda polémica que sólo a través de la sustancia popular,—naturaleza, hombre natural,—puede llegarse a un arte de significación trascendente. Esta verdad se agrava en lo que es español o viene de España. Ya se ha dicho por voces insignes cómo las más serenadas y cultas manifestaciones literarias hispánicas denuncian en su sabor último la marca creadora del pueblo. Guillén ha tenido para su hazaña y para su triunfo el modo desembarazado y elocuente de lo castellano, tan propicio a la huella de la multitud y el instrumento magnífico del romance, tan hábil para traer a flote el zumo recóndito del pueblo. Hay en toda lengua una intimidad familiar, una calidad impalpable que entrega, que regala, su más válida esencia. Quien posea esa intimidad, quien alcance esa calidad, posee el verbo, la palabra con historia y porvenir, fuerza de imprevisible poderío. Guillén tiene en su pulso creador esa fuerza: la sonoridad libre y erguida de Castilla y la rotundidad altiva y reverente, hecha para el aliento ambicioso, de los grandes escritores del siglo XVII español. Pero es una posesión acrecida, enriquecida, por su americanidad, por su tiempo y por su mulatismo. Su verso recuerda, en su intención y en su tono, a Lope, a Martí y a García Lorca, grandes amadores y exaltadores de lo popular a través de la veta española:

La novia viene y le besa,
llorando la madre viene...

. . . .

La diana de madrugada,
va, con alfileres rojos
hincando todos los ojos.

La diana de madrugada.

Y esa resonancia infantil,—resonancia de niño-pueblo— que abre al romance válvulas de ingenuidad y créditos de frescura eterna:

A la sangre, sangre, sangre,
de los soldados, soldados...

Esta maestría de lo tradicional español, esta posesión carnal de los valores raigales de la lengua, han sido en el poeta conquistas difíciles, disciplinas obligadas para traducir uno de los costados del ansia antillana. Nuestras Antillas son, esencialmente, tierras mulatas. Quien digo lo blanco o exprese lo negro no dará lo antillano. Lo blanco, lo español criollo, ya estaba dicho en Cuba, en Puerto Rico y Santo Domingo y a veces de modo insuperable, pero era forzoso actualizar la expresión blanca, inquietarle su poder renovador, hacerla apta, por el desarrollo de sus mismas viejas esencias, a los matices de los anhelos nuevos. Nicolás Guillén,—lo hemos visto,—supo adueñarse a tiempo de lo blanco y entenderlo en lo íntimo y en lo dinámico, en lo permanente y en lo cambiante, en lo recóndito y en lo universal.

Lo negro, cosa subalterna y vergonzante, reacción interdicta, no encontró en las Antillas durante siglos más que dos caminos de perdición: la imitación lejana del amo blanco o la renuncia rencorosa y desolada a la propia voz. Yo he dicho en otro lugar cómo hace diez años coinciden en nuestras islas dos interesantísimos fenómenos: la boga mundial de lo negro y el despertar político del afroantillano. Nuestra inveterada inclinación a corear el término *chear* literario de Francia o de Alemania determinó en los escritores isleños una espectación alborozada por lo africano. Por primera vez el impulso extranjerizante nos jugó una buea partida. El camino hacia París o hacia Berlín, hacia Blas Cendrars o hacia León Frobenius, nos condujo a nuestra propia casa. Buscando lo

extraño dimos con lo propio. Nos asaltó entonces una rica sospecha. Algún tesoro oculto debía esconderse bajo la piel oscura cuando el mundo todo se daba a su hallazgo: alguna porción del preciado metal debía andar en el negro desconocido y maltratado de nuestros cañaverales. Las primeras incursiones temerosas descubrieron una sorprendente realidad: el negrismo alcanzaba a los antillanos de todo color, poseíamos una mulatez unánime infiltrada hasta el tuétano del oído y del espíritu.

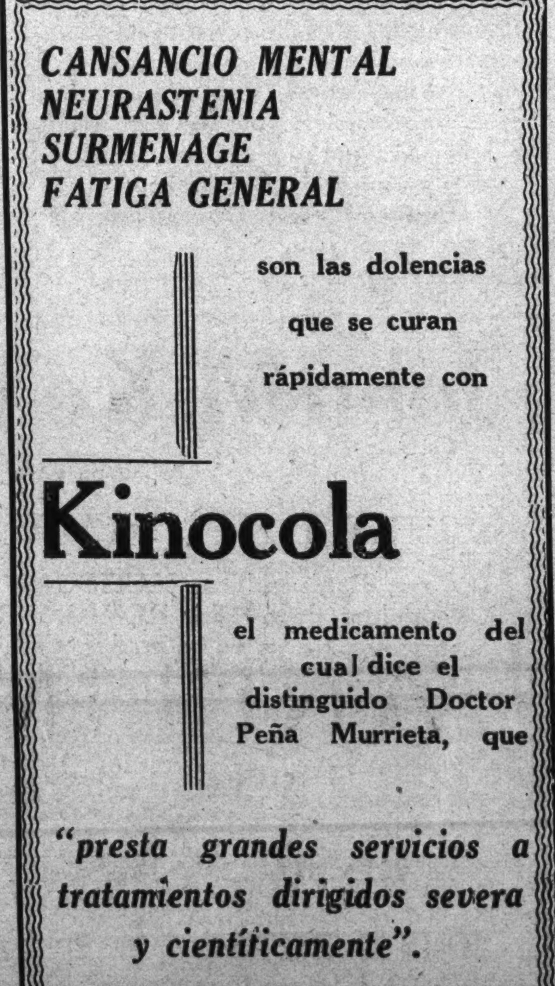
Precisaba alumbrar el oro novísimo por galerías perfectas: había que expresar lo negro antillano en un lenguaje asequible a negros y a blancos y en el que no se escapase por entre las duras mallas del castellano, el acento de Africa en su variante americana. Nicolás Guillén dió con la difícil expresión. Acudió para ello a las capas más radicalmente populares; puse el oído a los *sones* más espontáneos y a las jácaras más elementales. Los miopes no penetraron entonces el significado experimental de aquellas incursiones y las estimaron menester impropio de un artista que había dado ya muestras de talento singular. Pretendía Guillén, y lo logró, encontrar la buena comunicación del ritmo que le inquietaba la piel y la ambición lírica.

Poseído el idioma indispensable se dió nuestro poeta,—y en ello le acompañaron gentes de la calidad de Emilio Ballagas,—a captar el modo inseparable de la palabra afrocriolla, la fisonomía inevitable de lo negro cubano. La gracia asombradora del gesto negro quedó tomada para siempre en el *Secuenstro de la mujer de Antonio* y en el *Velorio de Papá Montero*. Después, en una marcha segura y firme, arribó Guillén a las capas más hondas: salvó, a paso de aciertos, esa zona trémula de superticiones y terrores hecha en el alma negra del recuerdo de Africa y la opresión blanca y en la que se tocan tenebrosas ternuras y presentimientos errabundos. Llegó por fin a la entraña más adolorida del negro, a la pena sin orillas de su inacabable esclavitud. Sintió entonces el negro como hombre y, al instante, el poeta de mimosos virtuosismos y elegancias alumbradas devino poeta revolucionario.

Al llegar a los bordes del más hondo abismo del alma afrocriolla se hace en Guillén la luz política. Para que el negro deje de ser oprimido es necesaria una convivencia humana en que sea imposible la opresión. Hay que libertar al hombre, a todos los hombres y al negro, hombre preso en las más gruesas cadenas. La poesía de Nicolás Guillén tendrá en lo adelante como protagonista no al negro sino al hombre. No es que el poeta dé la espalda a su gente mísera, a sus hermanos maldecidos. Por el contrario les sirve ahora por la única vía certera: les asegura, por el arma poderosa de su verso, la verdadera libertad. No olvida Guillén su color ni la trágica responsabilidad que de él le viene: produce ahora un canto nuevo en que sus dos colores, su mulatismo, realiza la más alta faena. Ahora será por su sangre blanca, por su sangre negra,—y por la capacidad de inquietar y empujar lo mejor de esas sangres,—su isla mestiza, su Cuba crucificada, su pueblo desdichado y heroico herido de odios internos y de agresiones extrañas.

Ha llegado para Nicolás Guillén un instante crucial en su vida de artista y de hombre. Tiene la palabra que piden su tierra y su tiempo, teñida de los jugos vitales de Africa y de España y estremecida de viejos rencores y de esperanzas nuevas: la lucha larga y terca de su isla contra los poderosos que la desangran, tanto como el conocimiento cercano de las impresiones más crueles, le imponen una postura combativa y enérgica, le piden un servicio deliberador por la vía de su arte. La depuración de sus calidades, de sus actitudes, es la tranformación consciente de su estilo. Hay que dar ahora un acento en que nada se pierda, en que estén presentes y ostensibles los valores activos de sus dos sangres, es decir, de sus dos pueblos; ahora hay que fatigar hasta el límite la capacidad de síntesis de modo que todos los hombres de su tierra, de sus Antillas, se sientan en su verso. Ahora el poeta no es dueño de su voluntad sino de las masas que le señalan por vocero. Aquel momento derrotista que hiere su hermoso *West Indies*,—vía de agua en su gallarda travesía,—no aparecerá más en sus cantos Cuando se posee aliento integrador y conciencia del destino no hay derecho al desánimo ni espacio para la tregua. El poeta es un combatiente y no combatir cuando el enemigo pelea sin reposo es traición.

¿Qué obra, qué estilo dará vías apropiadas a esta culminación de responsabilidades? Los cantos y los sones de este libro lo dicen cabalmente. Hay aquí una poesía directa y asequible, popular y digna, poesía para todos, para un hombre celoso de su ministerio y realizada por un poeta que hace un servicio de su calidad distinta; por un artista que sabe que su responsabilidad le fuerza a dos faenas al parecer contradictorias: penetrar cada día mejor en la intimidad de sus gentes desdichadas, y traducir el lamento y la esperanza de sus gentes con acento cada día más propio, más inconfundible. Por cumplir con estos deberes hay en este libro obra revolucionaria, no por la anécdota ni por la intención sino por la presencia de una limpia sustancia lírica madre de la buena eficacia política. A nada se ha renunciado aquí, pero todo ha cobrado, en la postura del poeta y del hombre, una vida más alta. No se ha perdido el ritmo mulato que entiende con la entraña toda la América nuestra:



No se por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo!

No se ha olvidado aquella gracia sobria que soslaya su propia presencia, lujo central del poeta en sus días iniciales:

Qué lejos el horizonte
donde el hierro lo destiña
y el caballo lo desmonte!
. . . .
Las espuelas estrelladas
relumbran con fiero brillo
y van regando en el polvo
sus cinco puntas de ruido.

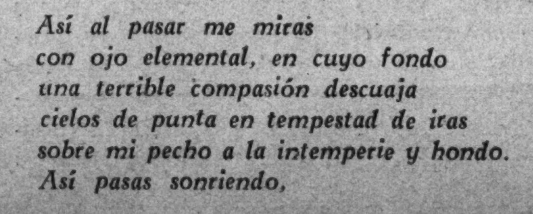
ni la copla bronca y sin afeites, guardadora de la ironía desgarrada de nuestras gentes:

La noche arranca tajadas
del que más duro se crea;
ropa que ya está lavada,
ropa que ya está lavada,
sácala de la batea!

Lo trivial, lo diario, lo doméstico, está enaltecido,—salvado,—por el enfoque certero como por una nueva vida hecha de sus mismos elementos:

Voz de cancerosa entraña;
humo de solar y caña,
que es nube prieta después;
son de guitarra madura,
cuya cuerda ronca y dura
no se enreda en la cintura,
ni prende fuego en los pies.

Pero hay algo más, que corona el libro: una poesía a la que cuadra plenamente el dictado de clásica; clásica por el impulso de plenitud que le da vida, clásica por el tono sostenido y ascendente, clásica por la integridad de la intención y la soberanía del vuelo. No hay en esta poesía, alguien lo habrá sospechado, ni renuncia ni regreso. No es que el artista vuelva a los viejos caminos por un retorno consciente: no es que se haya agotado en él el manantial de la invención estrictamente literario; es que el artificio adormecedor y el revoque completamentario no hacen falta ya. El modo limpio y empinado, único que cuadra al querer robusto de esta hora, es aquí prueba durísima de la que salen con bien sólo los artistas de calidad primera. La responsabilidad, como siempre, se acrece con la libertad. El poeta es, al fin, dueño de su fuerza; la palabra le obedece ahora sin encrespamientos desviadores; han desaparecido los andamios hábiles. El poeta está solo, solo con su palabra y con su destino. Se hunde en su libertad y le sale una poesía de puño firme y paso libérrimo que, —sinceridad de raíz,— suena a Quevedo, a Fray Luis y a López Velarde:


Así al pasar me miras
con ojo elemental, en cuyo fondo
una terrible compasión descuaja
cielos de punta en tempestad de iras
sobre mi pecho a la intemperie y hondo.
Así pasas sonriendo,

áureoresplandeciendo,
momia ya en la mortaja:
tu, cuya mano rápida me ultraja
si a algún insulto de tu voz respondo;
tú, soldado, soldado,
en tu machete en cruz, crucificado!

. . . .

No tú, soldado muerto,
soldado tú dormido.
Ven y grita en mis calles tú, despierto,
tú con lengua, con uñas, con oídos;
de húmeda piel cubierto
el ancho pecho henchido,
el zapato aplastando el triunfo cierto:
que así ha de ver el mundo suspendido
nuestro futuro abierto,
fragua la una mitad y la otra nido,
y sobre el lomo del pasado yerto
el incendio implacable del olvido,
como una luna roja en el desierto.

Pero habíamos dicho que Nicolás Guillén nos importaba en definitiva por ser un hecho americano. Ahora decimos que es, además, una fe americana. Veamos por qué. Mil veces hemos pedido una literatura nacida de nuestra más profunda realidad pero no desentendida de su estirpe europea ni del aporte esclarecedor de lo universal. Voz y conflicto nuestros, cultura de raíz, información perfecta e inquietud sin fronteras, sería quizá la fórmula. Hemos querido la única novedad apetecible, la que se suba, por obra de nuestro deseo más hondo, sobre el tesoro sustancial de la lengua y de la historia. El verso de Guillén cumple ese deseo, es parte de nuestra carne porque encontramos en él nuestro ayer, nuestro presente y nuestro mañana. Este verso, esta rara y ajustada expresión, es un hecho americano del más amplio significado porque es un triunfo definitivo del mestizaje antillano. Adviértase el tamaño de esta ocurrencia: Guillén es el más cubano de cuantos artistas pudieran imaginarse, el más *pueblo* de los poetas de las islas y, al propio tiempo, el que dá con una expresión más genérica y universal, el que logra, por la posesión de la Europa que le es más cercana, una resonancia más fiel y más actual. Frente a esos casos como éste la fe en el pueblo hispánico del Continente es una cosa impositiva, irreductible. ¿Dónde fuera de nuestras tierras, esa facultad poderosa para captar en su intimidad valedera lo primario y lo oculto, lo antiguo y lo futuro, lo circundante y lo lejano? ¿Cómo sino por la vía del mulatismo puede lograrse esto? Este libro, decíamos, resuelve un gran problema: el de la acertada expresión lírica de lo político. La solución es tan plena que las capacidades para lograrla y los frutos al conseguirla encienden una fe. Nuestras masas de blancos, indios y negros,—agobiados todavía por la soldadesca y la turisma que Guillén denuncia y sacude,— encuentran ahora, por la acción de un poeta grande, los relieves más eficaces de su propia voz. Que nuestras tierras, "quemadas por iguales calenturas, secas a golpe de puñal y bala", paguen a Nicolás Guillén el triunfo que merece: el ímpetu profundo de sus dolores y de sus esperanzas. Sólo así podrá el poeta, en un derrotero de superaciones inacabables, robustecer esta fe magnífica con que ahora nos regala y nos eleva.

Poemas de Nicolás Guillén

= Sacados del libro: *Cantos para soldados y sones para turistas*. Selección y envío de Juan Marinello. México, D. F. Marzo de 1937 =

No se por qué piensas tú...

No sé por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo,
si somos la misma cosa
yo,
tú.

Tú eres pobre, lo soy yo;
soy de abajo, lo eres tú,
¿de dónde has sacado tú,
soldado, que te odio yo?

Me duele que a veces tú
te olvides de quien soy yo;
¡caramba! si yo soy tú,
lo mismo que tú eres yo.

Pero no por eso yo
he de malquererte, tú:
si somos la misma cosa
yo, tú.
no sé por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo.

¡Ya nos veremos yo y tú
juntos en la misma calle,
hombro con hombro, tú y yo!
Sin odios, ni yo ni tú,
pero sabiendo tú y yo
a dónde vamos yo y tú...

¡No sé por qué piensas tú,
soldado, que te odio yo!

Riesgo y ventura de dos soldados

Un soldado blanquirrubio
y un soldado negritinto,
van, empapados de sol,
haciendo el mismo camino.
Llevan el mauser al hombro,
llevan el machete al cinto,
llevan el canto en los labios,
llevan el traje amarillo.
Las espuelas estrelladas
relumbran con fiero brillo,
y van regando en el polvo
sus cinco puntas de ruido.

Una voz en el camino

—¡No sigáis, soldados, no,
que aquí el camino se acaba!
Dormid en mi cuarto seco,
y no en la yerba mojada;
bebed agua de mi pozo,
y no fango de la charca;
ved la tarde cómo cae
y la noche cómo se alza;
los rifles, que sigan rifles;
las balas, que sigan balas;
mas vosotros no sigáis,
que aquí el camino se acaba.

¡Al pueblo pueblo otra vez!

Los dos soldados pararon,
y sobre el prieto camino
ya no hubo máuser al hombro,
ya no hubo machete al cinto,
ya no hubo duras espuelas,
ya no hubo traje amarillo.
¡Al pueblo pueblo otra vez
volvieron los soldaditos,
cuando supieron los dos,
blanquirrubio, negritinto,
sobre el camino soleado
donde acababa el camino!

Llegada

El pueblo pueblo los vió
llegar, ya entrada la noche,
tan distintos y contentos
que a poco no los conoce.
Ninguno a la voz rajada
contesta de antiguos bronces;
y ninguno, como fiera
detrás de su hermano corre;
los dos ven con ojos nuevos,
gritan los dos nuevas voces,
y los dos, nuevas palabras
con nuevos oídos oyen.

Canto y futuro

El pueblo pueblo los vió,
y así les cantó saltando:
—¡A la sangre, sangre, sangre,
de los soldados, soldados,
hay que ponerle, ponerle,
un poco más de cuidado!
Y los soldados decían,
también saltando y cantando:
—¡Agua sin correr, se pudre;
sangre sin olas, es charco;
corazón con ola y viento,
no corazón estancado!

Fusilamiento

Van a fusilar
a un hombre que tiene los brazos atados;
hay cuatro soldados
para disparar.
Son cuatro soldados
callados,
que están amarrados,
lo mismo que el hombre amarrado que van a (matar.

—¿Puedes escapar?
—¡No puedo correr!
—¡Ya van a tirar!
—¡Qué vamos a hacer!
—¡Quizás los rifles no estén cargados....
—¡Seis balas tienen de fiero plomo!
—¡Quizás no tiren esos soldados!
—Eres un tonto de tomo y lomo

Tiraron.
(¿Cómo fué que pudieron tirar?)
Mataron.
(¿Cómo fué que pudieron matar?)
Eran cuatro soldados
callados,
y les hizo una seña, bajando su sable, un señor (oficial;
eran cuatro soldados
atados,
lo mismo que el hombre que fueron los cuatro (a matar!

Elegía a un soldado vivo

Bayoneta en su vaina,
y el sol en la polaina.
Caballo casquiduro,
trotón americano,
salada espuma y freno bien seguro.
Cuero y sudor la mano.
Así pasas, redondo,
encendiendo la calle,
preso en guerrera de ardoroso talle.
Así al pasar me miras
con ojo elemental, en cuyo fondo
una terrible compasión descuaja
cielos de punta en tempestad de iras
sobre mi pecho a la intemperie y hondo.
Así pasas, sonriendo,
áureoresplandeciendo,
momia ya, en la mortaja:
tú, cuya mano rápida me ultraja
si a algún insulto de tu voz respondo;
tú soldado, soldado,
en tu machete en cruz, crucificado.

Cuatro paredes altas,
que ni tumbas, ni saltas,
muda lengua, bien muda,
—ya podrida, en la boca.
Vena sin sangre, corazón sin duda.
Plomo, madera, roca.
Tan lejos en tu potro te perdiste,
que hoy no hallas, hombre triste,
solo en ti, sin ti mismo,
voz que ciegue tu abismo,
corriendo como vas a campo abierto,
sino el mazazo que tus toros castra,
y que aunque grite el porvenir despierto
hacia ese abismo próximo te arrastra:
a ti, pobre soldado,
en tu machete en cruz, crucificado.

Labio de vidrio, seco;
pupila de muñeco.
Caña, plátanos, hulla,
saliva de vinagre... Espalda roja,
donde el látigo aulla,
marca, hiere, se moja!
Bien te recuerdo, hermano,
limpio, sereno, sano.
Cetrino campesino
de escuetas esperanzas verticales;
mi familiar montuno,
seco y huraño, a tu manera fino;
dios del agro vacuno
donde con almas verdes, musicales,
la sal de tus ensueños dividías:
el cielo, el pan, el lecho,
la tierra de tu pecho,
el agua, siempre mansa, de tus días....

Te faltó quien viniera,
y al oído asombrado te dijera:
—"Eres esclavo, esclavo
como esos bueyes gordos,
ciegos, tranquilos, sordos,
que pastan bajo meneando el rabo.
Esta paz es culpable:
¡cuando será que hable
tu boca, y que tu rudo pecho grite,
se rebele y agite!
Tú, paria en Cuba, solo y miserable,
puedes gritar con voz del Continente:
la sangre que te lleva en su corriente
es la misma en Honduras
es la misma en Bolivia, en Guatemala,
en Brasil, en Haití,... Tierras oscuras,
tierras de alambre para vuelo y ala,
quemadas por iguales calenturas,
secas a golpe de puñal y bala.
y en las garras duras
están, con pico y pala,
día y noche, cavando sepulturas!
Y tú, cuerpidesnudo,
mohoso, pétro, mudo,
ofreciendo tu cuello,
tus venas, tu resuello,
para encender sortijas,
empujar automóviles,
y sucio ver el vientre de tus hijas,
con las manos inmóviles!".
Sí. Faltó quien viniera,
y estas simples verdades te dijera.

Ahora pasas, redondo,
La alegría en el fondo
de ti mismo, y encendiendo la calle
esa guerrera de ardoroso talle.
¡Será posible que tu mano agraria,
la que empuñó el arado
sobre la tierra paria;
tu mano campesina, hoy de soldado,
que no robó al ganado
la sombra de su selva solitaria,
ahora quitarme quiera
mi pan de cada día,
para hacer aún más gorda la chequera
del amo fiero que en tu mauser fía?
Di que no, dí que no! Dí, compañero,
que tu hermano es primero;
que vienes de la tierra, eres de tierra
y a la tierra darás tu amor postrero;
que no irás a la guerra
a morir por petróleo o por asfalto,
mientras tu impar caldero
de primordial maíz bosteza falto;
y que ese brazo rudo
sólo es del perseguido a quien nadie recuerda (cuando cae.
y a quien el sol desnudo
la tibia sangre en el sudor extrae
como a golpes de un látigo encendido,
¡Dí que sí, dí que sí! Dí, compañero
que tu hermano es primero.
¡Ah querido, querido!
No tú soldado muerto,
soldado tú, dormido.
Ven y grita en mis calles tú, despierto,
tú con lengua, con uñas, con oído;
de húmeda piel cubierto
el ancho pecho henchido,
y el zapato aplastando el triunfo cierto:
que así ha de ver el mundo suspendido
nuestro futuro abierto,
fragua la una mitad y la otra nido,
y sobre el lomo del pasado yerto
el incendio implacable del olvido,
como una luna roja en el desierto.

José Ramón Cantaliso

José Ramón Cantaliso,
canta liso! Canta liso
José Ramón.
Duro espinazo insumiso:
por eso es que canta liso
José Ramón Cantaliso,
José Ramón.

En bares, bachas, bachatas,
a los turistas a gatas
y a los nativos también,
a todos, el son preciso
José Ramón Cantaliso
les canta liso, muy liso,
para que lo entiendan bien.

Voz de cancerosa entraña;
humo de solar y caña,
que es nube prieta después;
son de guitarra madura,
cuya cuerda ronca y dura
no se enreda en la cintura,
ni prende fuego en los pies.

Otros, con lengua chillona
cantarán La Chambelona,
pero no José Ramón:
José Ramón no es santero,
ni hace de Papá Montero,
ni pregona El Manisero,
ni está borracho de ron.

El sabe que no hay trabajo;
que el pobre se pudre abajo,
y que tras tanto luchar,
el que no perdió el resuello,
o tiene en la frente un sello,
o está con el agua al cuello,
sin poderlo remediar.

Por eso, de fiesta en fiesta
con su guitarra protesta,
que es su corazón también;
y a todos, el son preciso
José Ramón Cantaliso
les canta liso, muy liso,
para que lo entiendan bien.

Dále con la mocha!

El sol te quema, te quema;
la carreta está vacía;
ya toses con sangre y flema,
ya toses con sangre y flema;
¡treinta centavos al día!
¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

Cuando muelan esa caña,
te van a moler con ella;

estás como en tiempo'España,
estás como en tiempo'España,
y el yanqui es quien te atropella!
¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

¡Qué lejos está La'Bana,
donde vive el Presidente
con la bandera cubana,
¡con la bandera cubana
y un automóvil potente!
¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

El grito que das tú aquí,
allá no puede llegar;
si quieres, déjame a mí,
¡si quieres, déjame a mí,
que van a oirme gritar!

¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

La mocha arranca tajada
del que más duro se crea:
ropa que ya está lavada,
ropa que ya está lavada,
sácala de la batea!
¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

Comes mal, almuerzas mal,
vives mal, estás muy mal.
Por plata, te dan un vale:
cuando venga el mayoral...
cuando venga el mayoral...
¡Dale con la mocha, dale;
dale con la mocha, dale!

Las razones del fascismo

Por B. SANIN CANO

= De *El Tiempo*. Bogotá, marzo de 1937 =

Una visión superficial y talvez interesada de la política internacional, según se presenta en estas horas turbias y sin esperanza que vive la desolada Europa, hace pensar a escritores precipitados que el fascismo es una creación ideada y traída a debido efecto por Benito Mussolini para su uso personal y ordinario. Las formas exteriores del fascismo, su teatralidad en palabras y en obras son creación del Duce para servicio cuotidiano de sus compatriotas. El pueblo italiano, tan acertadamente visto y comprendido por Stendhal, vive principalmente la vida exterior. No quiere esto decir que la patria de Dante, de Beccaria, de Leopardi y de Cavour, no tenga una vida interior de las más intensas; pero lo exterior, lo ornamental, la apariencia le son necesarias y la deslumbran. Una tercera parte de la vida rebosante y grandiosa del Renacimiento en Italia se manifestó en las cosas exteriores, según lo apunta Burckhardt con su profunda ciencia de la vida y su intuición del pasado.

Del gran movimiento italiano de reacción, posterior a la guerra mundial, a Mussolini se le deben el espectáculo y el nombre. La idea fascista en su profundo carácter político se cernía sobre la Europa atribulada por su gran desarrollo y congestionada de población y de riquezas mal distribuidas ya mucho antes de 1914. Las clases directivas tenían el sentimiento de que se estaba viviendo bajo un sistema de grandes injusticias, y de tal convicción saltaban los cerebros pensantes a la creencia temerosa de que a seguir Europa rigiéndose por el sistema democrático puro, y entregada a los parlamentos, había de venir un día, más tarde o más temprano, el dominio absoluto del proletariado que empezaba a ilustrarse y era, a todas luces, una imponente mayoría. La convicción en que estaban los gobiernos de la vecindad del peligro fué una de las causas indirectas e íntimas de la guerra espantosa de 1914.

Las grandes potencias se imaginaron que obteniendo el triunfo, se salvarían, por unos años a lo menos, de la transformación amenazante. La transformación vino en Rusia antes que en otra parte, porque el zarismo se supo vencido desesperadamente desde el año calamitoso de 1917. El zarismo estaba destruído en 1917 no por la acción de sus enemigos armados contra él en Austria y Alemania, sino por el hecho mismo de la guerra. La manifiesta incapacidad de los gobernantes en San Petersburgo pudo más que los ejércitos diezmados y mal provistos de las naciones germánicas.

Al terminar la guerra el problema de las desigualdades e injusticias lejos de resolverse por sí solo adquirió nuevas formas con exponentes altísimos y coeficientes de la más laboriosa eliminación. En unos pueblos surgió el nacionalismo como el mejor remedio para la tremenda crisis actual o amenazante. En Alemania, donde antes de la guerra era el socialismo el partido mejor organizado, no sobrevino el gobierno de los proletarios, porque no basta la organización, y el partido socialista carente de hombres superiores y desacreditado porque le hacían responsable de la derrota, no se atrevía a asumir el poder. Además un bando inescrupuloso y subterráneo se encargó de eliminar sistemáticamente, explotando las angustias y la miseria de los vencidos, las cabezas visibles del partido colectivista: eran las primeras manifestaciones del fascismo alemán.

En otras comarcas la reacción contra el socialismo tomó el nombre de nacionalismo y no cumplió su destino, a pesar del gran talento y la decisión de sus altos gestores, porque la guerra no había causado en esas partes la desorganización que en Italia o en Alemania. Mussolini explotó con gran talento la desesperación del ejército vencedor, compuesto de gentes sin ocupación y se apoyó en los poseedores, resueltos a todo en la amenazante expectativa de una liquidación total.

Esta es la significación auténtica del fascismo. Allí donde la organización democrática tenía bases firmes como en Inglaterra, Francia, las monarquías escandinavas, Holanda, Suiza, la república saxoamericana, la tentativa de subversión se ha disuelto en el juego de las libertades públicas. En Francia, bajo la dirección de uno de sus hombres más inteligentes y más leales a su generosa inteligencia, el fascismo disfrazado de nacionalismo y de reacción católica no ha pasado de una bella exhibición literaria con algunos rasgos de breve comicidad y de heroísmo callejero. El fascismo contaba además con la sumisión y paciencia de la índole nacional en ciertos países. El caso de España es instructivo y protuberante. Pasaba por Madrid en la primavera de 1924 un periodista italiano de gran renombre, conocedor de la vida política española y de otras muchas naciones de Europa. Duraba todavía en España la luna de miel del movimiento fascista encabezado por Primo de Rivera y llevado por él a un fácil éxito. Ese movimiento había triunfado al favor de la indiferencia vecina de la burla con que el pueblo miraba la degeneración del parlamento y la corrupción de las costumbres democráticas. Le preguntaban algunos periodistas de Madrid a su colega italiano: ¿Durará el fascismo en Italia? A lo cual el inteligente viajero replicó lacónicamente: "Llegó allí para quedarse". Los periodistas madrileños quisieron saber entonces la opinión del italiano sobre la situación política de España en ese momento indescifrable. "Aquí, respondió el viajero, no durará el fascismo mucho tiempo". "¿En qué funda usted su creencia?", apuraron los curiosos españoles. "En que aquí no se ha perdido todavía el esntimiento de la dignidad". "¿Qué pasaría, preguntó a su turno, si mañana salieran agentes de un gobierno o de un partido a distribuir dosis máximas de ricino a Romanones, a Melquíades Alvarez, a Fernando de los Ríos, o Luis Araquistain y a los notorios miembros del viejo parlamento?" "Habría de seguro muchas muertes en el estrépito de los motines que se formarían en todo el ámbito de España", avanzó uno de los presentes. La explicación fué profética. En estos momentos la dignidad, el sentido trágico del honor pugnan en España contra el fascismo del ejército nacional, amotinado, contra el fascismo italiano, contra el de Hitler y contra la indiferencia inexplicable de las grandes potencias civilizadas.

Tal vez este ligero análisis de una dolencia política sociológicamente europea sirva para convencernos de que en Colombia, nación democrática por tradición y por arraigadas costumbres, históricamente libre y capaz de sustentar una población seis veces mayor de la que actualmente la ocupa, no es ni será por muchos años escenario propicio al drama, al entremés, o a las trágicas representaciones del fascismo.

Vida y juventud

Falta saber en dónde tiene la juventud su límite, cuándo y en qué medida deja de ser joven el hombre. La juventud es el anhelo, la ansiedad, la esperanza. Es por eso el dolor. Más allá de ella sólo se encuentra la muerte. El héroe, el santo, el sabio, el poeta, son siempre almas juveniles. Vida y juventud se confunden en la unidad de un concepto indisociable. Puede la obra eterna haber sido realizada, casi siempre lo ha sido, en la madurez o decadencia de los años. Será la juventud la que le dé vigor y lozanía. El río crece en su marcha, pero será siempre el fruto de la vertiente original. Las virtudes de ponderación y equilibrio que la vejez otorga son apenas elementos formales, recursos de cooperación al mejor aprovechamiento de la sustancia que allega la esencia de eternidad con que la obra se liberta del tiempo.

(De *Mario Carvajal* en su libro *Vida y pasión de Jorge Isaacs*. Editoral Zata. Manizales Colombia).

¿Quién fue Guillermo Enrique Hudson?

Por JOAQUIN EDUARDS BELLO

= Envío del autor. Santiago de Chile, 11 de febrero de 1937 =

Había oído hablar de Hudson y conocía unos capítulos sobre el caballo gaucho, publicados en el *Repertorio* de Costa Rica. Pero quien me hizo conocer y querer de verdad a Hudson, fué el escritor Enrique Espinoza, neo argentino, de origen israelita.

Y vea el lector, cómo un Hudson hijo de norteamericanos, muerto en Inglaterra, y Espinoza, hijo de israelitas, que reside en Chile, son argentinos 100 por 100.

Misteriosos son éstos de nuestra nacionalidad sudamericana que se crea incensantemente formado raza original y nueva con los hombres venidos de todas partes de la tierra, como el humus de todos los otoños forma nuevas flores y árboles. No hay razas europeas u orientales aquí, sino americanos. Podrán diferenciarse unos de otros en el carácter, en la inteligencia o en la manera de apreciar la vida; pero son americanos hasta la médula. El argentino tendrá siempre su arquetipo en el gaucho.

Hudson fué un gaucho, hijo de norteamericanos, de estancieros que aportaron pequeños capitales a la Argentina en la época de Rosas. Fueron partidarios de Rosas, que protegía a los inmigrantes.

A veces, algunas personas que no comprenden nunca, creen que el ser enemigos del capitalismo extranjero y de los parásitos extranjeros implica ceguera y xenofobia.

Por mi parte, me declaro enemigo mortal del capitalismo extranjero, y, al mismo tiempo, renuevo mi admiración y simpatía por los anglo-sajones que vinieron o se radicaron en nuestra tierra. El llamado capitalismo extranjero execrable, es el capitalismo tentacular, universal y cosmopolita. No es el que llega a estas playas para radicarse, sino el de explotación para cobrar los dividendos fuera del país, dejando propinas en salarios y cumplimiento de leyes sociales. El pequeño capitalista que se radica y funda familia nacional ¡bendito sea!

Se dice que si no fuera por el capitalismo extranjero, nuestras riquezas salitreras, cupríferas o ganaderas, estarían paralizadas No es verdad. Esas industrias fueron descubiertas y lanzadas por nuestros bisabuelos. Mi abuelo fué el fundador de la industria del cobre en Chile. Lo que pasó es que el heredero criollo del siglo XIX, se lanzó a vivir en París, de rastacuero, desdeñando los negocios nacionales.

El hecho de que Chile sea dueño de sus ferrocarriles, espléndidos y baratos, es prueba de posibilidad. En este sentido superamos a todas las naciones sudamericanas y a algunas europeas. Nuestros ferrocarriles se costean bien, gracias a que se acomodan a dividendos más bajos, relacionados con nuestra moneda. ¡Qué sería de los veraneantes, ahora, si los ferrocarriles fueran extranjeros y dieran dividendos a accionistas ausentes, en libras o dólares!

Por otra parte, sería estúpido negar el bien que nos han hecho los ingleses de toda categoría en nuestra tierra, los ingleses y norteamericanos, sean capitalistas presentes o representantes de capital extranjero. El anglosajón es justo, reconoce la verdad y educa a sus empleados En Valparaíso los criollos prefieren a las empleadas que han trabajado en el Cerro Alegre. Las señoras (esto es viejo) prefieren arrendar piezas a los ingleses, yanquis o alemanes.



G. E. Hudson

(Por Víctor Delhez)

El anglo-sajón ha sido más generoso que ningún otro extranjero con el pueblo sudamericano. Salvador Reyes me decía que la única parte del norte donde pudo tomar un buen baño, fué en Tocopilla. Un norteamericano mandó un millón de pesos para las familias afectadas con el desastre de Chuquicamata.

Vamos a nuestro asunto.

Guillermo Enrique Hudson fué el tercer hijo de una familia de Marblehead, Masachussets, que vinó a establecerse en la pampa argentina, en 1832. Guillermo Enrique Hudson y Kimble, nació en la pequeña estancia *Los veinticinco ombúes*, en 1841. Se hizo un gauchito. Muy niño era cuando sus padres le llevaron a otra estancia, llamada *Las Acacias*, cerca de la laguna de Chascomús. Ahí su espíritu comenzó a iluminarse con las estampas pamperas que le acompañaron, deleitándole hasta el fin de su vida. Viajó mucho, casi siempre a caballo. Estuvo en Uruguay y en la Patagonia. No hay una persona en América cuyos sentimientos sobre el caballo sean, a la vez, tan líricos y exactos. Naturalista y poeta, Hudson cantó en prosa a las aves y a los reptiles, a la fauna y a la flora, con una emoción aislada, personal, misteriosa, como si la pampa estuviera siempre presente dentro de él. No pretendo ser crítico de Hudson, ni puedo, por cuanto la síntesis en el periodista es un deber: recordaré solamente la parte gaucha de su obra ya famosa, aunque apenas conocida de nuestro público. Los títulos de sus libros principales, donde revive recuerdos juveniles, son: *La tierra purpúrea*, *El Ombú*, *El Naturalista en el Plata*, *Días de ocio en la Patagonia*, *Pájaros del Plata*...

No creo que se pueda hacer novelas sudamericanas, ni sociología criolla, sin haber leído un puñado de obras, entre las cuales encabezan Darwin, Mayne Reid, Hudson, Sarmiento, Isaacs, Azevedo, Graca Aranha, Sánchez Mejía, Rivera, Azuela, Guzmán, Palma, Vicuña Mackenna y Rosales. Keyserling no podría faltar.

Entre los españoles no hay uno solo que pudiera citarse cerca de Hudson. La tradición de Garcilaso y de Ercilla se perdió. Fuera del ensayo de Ortega y Gasset, intitulado "La pampa, promesas", y una obra de Salaverría sobre Martín Fierro, lo demás es casi nulo. Los anglo-sajones escriben de nuestra América con amor y deleite de exploradores humanistas. Los españoles, al contrario, son crueles, criticones, agrios. Creen ver prolongados en nosotros sus aspectos más estúpidos: no miran, no comprenden al ave, al caballo, al minero, a la montaña. Quieren lucirse simplemente por medio de sus fuegos artificiales de retórica. Es una literatura muerta. No hay un Darwin, ni un Bougainville españoles. En cambio, Hudson! Nadie le igualó en delicadeza, comprensión y amor. Un pajarillo, bajo su mirada, cobra espíritu humano. Su influencia es tan grande en la emoción paisajista, que la encontramos en el *Segundo Sombra* y en la mayoría de las obras campesinas actuales. Hizo reaccionar al criollo de su negativismo de orden electoral hacia el positivismo constructor independiente.

No es la primera vez que recuerdo al público la calidad superior de los escritores de nombres ingleses en su visión de nuestra América. Si insisto en traerlos a la prensa en estos hilvanes cotidianos, es para impedir que cunda la ola derrotista.

Mayne Reid, Hudson y Cunninghame Graham, en la literatura, como Sommerscales en la pintura, levantan el concepto abatido del paisaje y de la raza. Podríamos agregar a D. H. Lawrence y Keyserling. La poderosa vida interior de estos artistas reacciona contra la montaña de vulgaridades asociada a la literatura muerta de España o de aquí.

¿Qué significan todas las pedestres saetas de Baroja, contra un solo capítulo de Hudson, de Darwin o de Keyserling? Menos que nada. Vamos a recordar otro autor inglés.

Mayne Reid fué un escritor nativo de Inglaterra (1818-1893) y que no tuvo escrúpulos en declarar su preferencia por América. Vivió en México y en los Estados Unidos durante la esclavitud. Sincero admirador de los indios y de los criollos, celebró en más de una obra la belleza morena de las mestizas mexicanas. Como Hudson, no podía ya vivir en la vieja Inglaterra (1) sin tener ante su conciencia interior el cuadro deslumbrador de América. La obra de Mayne Reid arroja luces cegadoras para permitir una apreciación del estado de ánimo de los europeos conquistadores de América. Confiesa el júbilo de sentirse en tierras vírgenes, lejos de la tediosa y tirana Europa. Da a entender algo que los españoles no confesaron, aunque deben haberlo experimentado con fuerza: el goce de ser amos de la nueva Arcadia, jugosa, rica, inexplorada, donde se trocaron en dueños y príncipes, habiendo sido anteriormente siervos.

(Concluye en la página 222)

(1) Hudson se retiró a Londres, donde falleció.

Entrevista del hispanista holandés Dr. J. Brouwer con don Miguel de Unamuno, - en el mes de setiembre de 1936.

= Envío de *D. C. V.* Lisboa, febrero de 1937 =

El eminente hispanista holandés, Dr. J. Brouwer, que acaba de realizar un penoso peregrinaje por las zonas rebeldes, sostuvo en Salamanca una conversación con don Miguel de Unamuno, en los primeros días del mes de setiembre último. El Dr. J. Brouwer es un amante de la cultura española y un investigador apasionado de la historia de nuestro pueblo.

Es autor de libros como *Psicología de la mística española, La conquista y civilización de México, Crónicas de soldados españoles en Países Bajos, El Renacimiento español.*

Católico sin esbozo y ferviente cristiano, no podía por menos de sentirse atraído por la personalidad de Unamuno, especialmente en todas aquellas manifestaciones del escritor vasco en las que late el aliento místico de los grandes escritores del siglo de oro.

Conocía a Unamuno a fondo. Conocía su obra y las raras aristas de su complicada personalidad.

Un monólogo dramático.—Había oído decir, — habla el Dr. Brouwer — que Unamuno había dado dinero a los facciosos. Esta afirmación me pareció, desde el primer momento, de todo punto inverosímil.

Para saber exactamente en qué actitud se encontraba, con respecto a la guerra civil, provocada por los militares, me decidí a tener con él una entrevista. Hube de madrugar, porque Unamuno seguía levantándose temprano. Lo llamé por teléfono y después de insistir mucho, accedió a recibirme. Estaba Unamuno cansado de las declaraciones a los periodistas. De modo especial le había enojado una entrevista que él sostuvo con un periodista norteamericano llamado Knickerbocker, en la que éste puso en labios del Rector de la Universidad de Salamanca conceptos que jamás emitió y palabras que nunca había pronunciado.

Cuando se dió cuenta de que yo era amigo suyo, ya que me conocía, no sólo personalmente, sino también como autor de libros sobre los místicos y los conquistadores españoles, habló conmigo largamente. En esta conferencia apenas pronuncié yo diez palabras. Fué un monólogo por parte de Unamuno, que duró más de hora y media. Para mí esta entrevista —no la olvidaré jamás—tenía un sabor trágico. Unamuno estaba agobiado, trágicamente consternado por lo que pasaba en España. Consideraba completamente perdidas la libertad civil y la independencia del espíritu, como un caso fatal; lo mismo para España, como nación, que para su cultura. Comparó el eminente fracaso de todo aliento cultural en España con el que ha destruido las fuentes del espíritu y de la creación humana en Italia y en Alemania, después de la implantación del régimen fascista.

"No hay cultura — aseguraba transido de angustia—que nazca, crezca o prospere bajo un régimen absolutamente militar".

"Es imposible; es imposible. Con los militares nada puede prosperar. Son unos botarates".

Se burlaba, aunque con lágrimas en los ojos, de la insolente ostentación exterior de religiosidad que se hacía en Salamanca y en todas las zonas dominadas por los facciosos. Por las calles de las ciudades dominadas por el fascismo, se sucedían los desfiles de hombres, mujeres y niños, cargados de medallas y de signos externos religiosos. Faltaba—decía Unamuno—en absoluto, el sentido religioso a todas estas gentes que participaban en las mascaradas que, a diario, se organizaban.

Condenaba a la Iglesia, mejor dicho al clero, por su falta de receptividad mental, de cultura y de responsabilidad social. Acusaba a los que deberían portarse como ministros de la Religión, como responsables y de los más directos de cuanto ocurría. Una posible victoria de los facciosos le obsesionaba, por considerarla fatal, también para la religión. A este propósito, me recordó las frases de Ganivet sobre la falta de dramatismo en el catolicismo español, y la tristísima penuria que desde siglos aflige, en orden a la altura intelectual y a las preocupaciones superiores, verdaderamente religiosas, a los que se llaman católicos en España; y también cuanto afirma el pensador granadino, sobre el diferente rumbo y significación que hubiera seguido el catolicismo en España en caso de que el protestantismo hubiera competido con la escasa cultura católica de este país, en los últimos tiempos.

Esta cuestión obsesionaba al Rector de la Universidad de Salamanca. Me habló sobre las pocas excepciones de consciente religiosidad en el clero español y de los no pocos casos trágicos de *S. Manuel Bueno*, el personaje de una de sus últimas novelas, de quien decía que era un tipo sacado de la vida.

Yo no creo, de ningún modo, que Unamuno contribuyera, con algún dinero, a la suscripción de los fascistas. A este propósito, me acuerdo de una manera precisa, de sus palabras: "Yo no he cambiado, soy el mismo Unamuno de siempre". Es decir, el Unamuno que busca apasionadamente la verdad, aún en medio de las contradicciones más extrañas.

Veía él, por entonces, como posible la victoria de los facciosos y con ella el hundimiento de la Nación y de la libertad que, en los últimos tiempos, comenzaba a aflorar en la vida española, como el comienzo de una joven cultura, basada en la dialéctica de la vida y en los valores eternos de la Humanildad, que necesitan un desarrollo sin trabas, aunque conforme a las normas éticas que debemos buscar. Me recordó lo que había dicho en su obra *La agonía del Cristianismo*, con cuyas afirmaciones fundamentales, estaba, más que nunca, identificado. Con una tristeza sin límites, me aseguraba que, si le fuera posible, buscaría un rincón tranquilo y libre para dedicarse, sin trabas ni disgustos, a lo que le era más caro: Buscar la solución de todos nuestros problemas interiores, que asientan en nuestra falta insatisfecha de lo absoluto.

La entrevista fué dramática, de un hondo dramatismo. Yo recordaré siempre a aquel hombre de cabeza y barba nevadas, de ojos transidos de una tristeza desesperada, agobiado, trágico, martirizado por lo que pasaba en España, bajo la impresión pesimista del porvenir en su país, rasgado por una guerra cruel de las dimensiones tremendas de la que España sufre. Dada su situación de espíritu, que yo pude observar cuan sincera era, respecto a cuanto en torno de él se movía, no me parece inverosímil, ni mucho menos, cuanto se cuenta sobre los motivos que impulsaron a los dirigentes fascistas a lanzarle violentamente del rectorado de la Universidad de Salamanca.

Evidentemente, alentaba en Unamuno una constante protesta por el sesgo que tomaban los acontecimientos en el campo rebelde y por la inmensa tragedia a que había sido sometida España por la irresponsabilidad y la traición de sus generales, su clero y sus terratenientes feudales.

"Vosotros podréis vencer, pero no convencer".

"No puedo aguantar más! No quiero aguantar más!".

Culminó su descontento en una escena que se desarrolló el día de 12 de octubre, fiesta de la Raza, en un acto público en que tomó parte Unamuno. Yo no fuí testigo presencial, pero lo que se afirma que dijo, coincide exactamente con cuantas confidencias me hizo.

Miguel de Unamuno

Madera de *L. de Artiñano*

Además de aquello—que se hizo famoso — de "Vosotros podréis vencer, pero no convencer", lo ocurrido en la Fiesta de la Raza, según la referencia que conozco, arroja una luz bastante clara sobre la actitud de Unamuno, con respecto a la acción de los militares insurrectos. En ese mismo acto tomó parte Millán Astray. Conocido el odio a Cataluña de cuantos se agitan en el bando insurrecto, Millán Astray pronunnunció un discurso en el que se afirmaba que, ni Cataluña ni Vasconia, habían hecho nada ni habían aportado nada al acervo de la cultura española y que el eje de toda creación, de toda grandeza y de toda gloria, era únicamente Castilla.

Unamuno no puede reprimirse y, con palabra encendida, ensalzó las influencias constructivas de la cultura catalana, desde la Edad Media, en todos los órdenes de la vida española, y la influencia contínua del hombre vasco, que es el elemento humano español que se sitúa y se ha situado siempre en una actitud más dramáticamente interrogativa, con respecto a la vida y sus últimos fines.

El Obispo de Salamanca, que asistía en puesto preeminente al acto, llamó la atención a Unamuno por sus palabras. Y Unamuno resplicó en tono vivo, de modo que todos los circunstantes pudieran oírle: "No puedo aguantar más". "No quiero aguantar más" y, — dirigiéndose a Millán Astray,—añadió despectivamente: "Si usted tuviera razón en la afirmación de la exclusiva para Castilla en las glorias pasadas y de las posibles bienandanzas futuras, España sería como usted: Le faltaría un brazo, un pie y un ojo. Sería un cuerpo horrendamente mutilado."

Estas manifestaciones suscitaron el escándalo y la indignación de militares y fascistas, de clérigos y obispos. Hasta aquel momento el nombre de Unamuno era traído y llevado con fines puramente políticos, por las páginas de los periódicos; a partir de aquel instante, no se volvió a hablar de él, o se hablaba con desprecio o con desdén. Fué lanzado de su cargo de rector de la Universidad. Ahora ha muerto, después de largos días de dramática angustia en los que, además de su drama interior, y el drama de su patria, debía pesar en su ánimo el drama de sus familiares, rondados de peligros ciertos.

No olvidaré fácilmente mi última entrevista con Unamuno, —nos aseguraba el doctor Brouwer—. Jamás he visto un hombre tan trágicamente angustiado.

LAS MOTIVACIONES DE LAS INQUIETUDES DRAMATICAS DE UNAMUNO.

De su largo monólogo—apenas me limité a oír, en aquella memorable entrevista—, recogí unas conclusiones que son como el índice de las motivaciones fundamentales de las trágicas preocupaciones de aquel hombre. Pueden ser anunciadas así:

1.—La falta de dialéctica de los españoles, es decir que no solucionan sus conflictos, querellas, disputas y diferencias por vía intelectual sino por la fuerza.

2.—La perspectiva sombría de la violencia cuando por la revolución y la Constitución democráticas, estaba abierta la posibilidad de organizar una vida social y política de empeño constructivo sobre la base del reconocimiento de los derechos generales.

3.—Los artículos de la Constitución que se refieren a la Iglesia hubieran podido ser para ésta su salvación. La Iglesia hubiera podido regenerarse al ser constreñida a los límites de su específico dominio espiritual.

4.—La supresión de los susodichos artículos constituído un esfuerzo de la tendencia a la preponderancia e ingerencia en la cosa pública de la Iglesia, con perjuicio de la formación religiosa y ética del clero.

5.—La supervivencia de la clase feudal de terratenientes con sus millares y millares de seres miserables, sin pan y educación religiosa, ética, política y civil, sería en los tiempos actuales el fracaso de la nación española, bajo el signo de la República.

6.—Ha habido un Estado español, la República, que abrió la posibilidad de hacer una nación española por el reconocimiento de la idiosincrasia de todos los pueblos españoles, una nación estructurada sobre una colaboración espontánea, según las tendencias, posibilidades y caracteres de cada pueblo español. La República rompió con la nefasta política estadal iniciada desde Carlos V., ya que el régimen de ahora en España, si bien se considera, es la continuación de la concepción del Estado que defendieron con su sangre y su martirio los comuneros.

Una conversión resonante: la del doctor Gregorio Marañón

= Envío de *D. C. V.* Lisboa, febrero de 1937 =

El P. E. N. Club de París, ofreció en la noche del 7 de de enero un banquete en honor de Gregorio Marañón, que pronunció a los postres el siguiente discurso:

Al agradecer al Pen Club de Francia, el honor que me hace invitándome a esta reunión, tengo que nombrar, porque soy español y porque estoy en el centro del mundo, a un español universal, a don Miguel de Unamuno que acaba de morir. No sólo porque era la más alta figura en España de lo que esta asociación de escritores representa: poeta, ensayista, novelista; sino porque su muerte, tiene en las horas actuales un profundo sentido que se debe comentar. Yo he llamado a Unamuno el Profeta de la España nueva; creo que lo era; y los profetas no mueren nunca sin un simbólico sentido, como la mayoría de los dems hombres. El sentido de la muerte del profeta, es alejarse de este mundo sin ver cumplidas sus profecías y sin ser comprendido por los demás. Así, Unamuno, La España que él vió a lo lejos, acaso está muy cerca, pero seguramente a sus ojos agonizantes debió aparecer perdida para siempre. Unamuno había nacido en una guerra civil. La tenía clavada en el corazón; y deseaba una paz civil para los españoles. Después de sesenta años de lucha para conseguirlo, otra guerra civil le ha matado. Estoy seguro y hablo como médico, de que ha muerto de la angustia de ver la paz de España, su paz, y la de su España, más remota que nunca. Quien sabe, repito, si es éste el último acto del drama de nuestra lucha por la paz civil. Pero el triste destino del profeta es morirse sin saber que es el último. ¡Qué amargura, mortal, la suya!... El fuego del brasero —palabra simbólica en España—que le quemaba en vida la carne, era menos terrible que el otro fuego que le quemaba el corazón. Por eso no se enteró y sonreía atento a la llama interior, mientras se quemaba como le ocurría a los mártires; que lo son muchas veces los profetas.

El profeta busca la paz y enciende el odio de los que guerrean no por la paz sino por la guerra. Ni en uno ni en otro bando le pueden comprender. Unos y otros dicen que le han hecho traición: y es cierto. Porque el Profeta, sirve a la Verdad y para serla fiel, hay que traicionar a los que no saben conocerla. Sólo unos hombres jóvenes han sabido en España sobreponerse a la pasión y descubrirse con respeto y amor ante quien les decía la áspera verdad. Desde aquí los saludo.

Hasta que un hombre muere no se sabe lo que significaba. La vida es como una costra terrible para el alma aún en los hombres perfectos. Y, de repente, al acabar la vida, se descubre el sentido de lo que bajo la costra se encerraba; como aquellas luces blancas, divinas y sin forma, que brotan de los pesados cuerpos de los muertos en los cuadros del Greco. Y ahora vemos, cuando ya ha muerto, que la inquietud permanente de Unamuno, su agresividad, su impertinencia, eran un ansia de verdadera paz. Dudaba de todo porque en verdad quería la Fe. Jamás, en nombre de la Fe hubiera tomado las armas para matar a los que no creían; ni hubiera destruído los templos de los que tenían un Dios. Estaba siempre inquieto porque quería el orden verdadero. Jamás hubiera sido como esos pacifistas que piden la paz en los congresos y dejan en la puerta, afiladas, las armas para matar. Y jamás, jamás hubiera empleado su pluma para justificar como tantos otros, el que las ideas, por egregias que parezcan puedan absolver del robo y del asesinato. Este ha sido su ejemplo.

En una asamblea de intelectuales de cualquier parte del mundo hay tal vez muchos que nos tenemos que arrepentir de no haber hecho siempre un uso justo y riguroso de nuestra misión y de nuestra jerarquía. Acaso por soberbia. Acaso por no haber tenido el valor de afrontar el encono de los amigos y el elogio de los enemigos, como el maestro que acaba de morir. Permitidme que aproveche esta reunión de los más ilustres intelectuales en la ciudad más intelectual del mundo, para que yo el más humilde de todos, recién venido de un país que está ardiendo, me atreva a proclamar mi error, de haber servido, a veces, bajo las banderas de un humanismo que no era el humanismo verdadero. Y como aquellos hombres atónitos que en los cuadros del Greco ven surgir de la muerte la verdad, quiera, yo también, alejarme ahora: hasta que encuentre otro Señor menos frágil a quien servir.

Los germanos son israelitas

(Respuesta científica a la hipótesis aria del señor Adolfo Hitler)

Por JEAN GROFFIER

= Traducción y envío de J. C. A. El Havre, 15, marzo, 1937 =

I

Es muy fácil especular en Historia con ayuda del sentimiento. No es esa nuestra finalidad. Deseamos lanzar escuetamente a la faz del mundo un hecho científico: los Germanos tienen por ascendencia a la mayor parte del pueblo israelita.

II

Existe toda una literatura anglosajona (cerca de mil volúmenes) que se ocupa de esta tesis: "Nuestros antepasados fueron israelitas". Una sociedad de estudios, el 'British Israel", agrupa en torno suyo casi tres millones y medio de intelectuales que sostienen esta idea: "Nosotros, anglosajones, tenemos como antecesores a las Diez Tribus de Israel". (La prensa latina ha evitado siempre de analizar esta manifestación espiritual, tal vez por razones religiosas).

¿Es esta una locura colectiva? No lo creemos, pues ella alcanzaría a la élite intelectual de un conjunto de pueblos, lo que es bastante difícil. Antes de verificar la autenticidad de esta reivindicación racial, establezcamos ante todo las relaciones que existieron entre germanos y sajones.

La Alemania presente está poblada de germanos y de eslavos germanizados. Racialmente, los habitantes de la parte oriental son eslavos; pero sabemos que fueron linguísticamente germanizados durante la Edad Media (dominación de los Caballeros Teutones, ciudades hanseáticas, etc.) Así, el verdadero prusiano es un eslavo que habla alemán. En lo que concierne a los germanos, es incontestable que el aporte de los sajones—y de los diferentes pueblos de origen sajón, como cimbrios, anglos, danitas, etc., y luego los subproductos de Daneses, tales como los normandos — fué verdaderamente considerable.

Los sajones atravesaron primero toda la Germania en diagonal, o sea desde la Bohemia hasta la desembocadura del Elba, de donde una buena parte de ellos se lanzó a la conquista de Inglaterra (Invasión inicial de 450 a 585, correspondiendo esta última fecha a la fundación de los dos reinos que completan la Heptarquía: o sea Mercie y Essex). El resto invadió las tierras de Jutland y la Escandinavia actual. Grupos de sajones se instalaron también en las costas de la Frisia, y Carlomagno hizo emigrar igualmente una parte importante de ese pueblo hacia el oeste de la Alemania y hacia Flandes. Pero ¿cuál es el origen de los sajones? ¿Quiénes son ellos?

En su origen, los Hebreos no formaban más que un solo pueblo bajo el nombre de Israelitas (descendientes de Israel). El Génesis nos cuenta que ese nombre fué impuesto a Jacob después de su lucha con el ángel (Cap. XXXII, v. 28). Los Israelitas se instalaron en el país de Canaán (la Palestina actual) y formaron una sola nación; esta situación política duró hasta el fin del reino de Salomón (o sea hasta el año 1.000, según la cronología literal del Antiguo Testamento). En esta época se sucedió un acontecimiento capital: Las doce tribus, unidas hasta entonces, se dividen en dos grupos, de los cuales nacen dos naciones (Libro de los Reyes. Cap. XII), Roboam, hijo de Salomón, reina sobre las dos tribus de Judá y Benjamín, y conserva Jerusalén como capital: este es el Reino de Judá, al Sur. Las diez tribus restantes escogen a Jéroboam como rey, el cual construye Sichem, la nueva capital, en la Samaria, e introduce en el país un culto idólatra y nuevo, temiendo que su pueblo volviera a Roboam si Jerusalén continuaba siendo el centro religioso. De aquí el Reino de Israel, al Norte. Y queda así abierto el cisma hebraico.

El reino de Judá tendrá sus propios reyes; el de Israel igualmente. Los dos países viven separados y hasta en ocasiones se hacen la guerra, pues difieren en su religión. Aquí es menester insistir sobre el alcance que se debe dar a los términos *Israelitas* y *Judíos*. En virtud de lo que acabamos de enunciar anteriormente a saber, Hebreos—Israelitas—, todos los judíos (habitantes de Judá) son Israelitas; pero todos los Israelitas no son judíos. Mas, prosigamos la historia de los dos reinos.

Un poco más de dos siglos después (en 758), Salmanazar, rey Asirio, se adueñó de la Samaria y condujo en cautividad al pueblo de Israel a la región de Gozan, a lo largo del alto Eufrates (Libro II de los Reyes XV..-b 23. XIII,11). Luego, para hacer imposible su retorno a la patria, hizo inmigrar a ella diferentes pueblos extranjeros, nativos de Babilonia: éstos son los futuros samaritanos tan menospreciados por los judíos. De las diez tribus de Israel no vuelve a hablar más el antiguo Testamento. Parece como si hubieran desaparecido a los ojos de la Historia. Ya las seguiremos en su peregrinaje.

Otro fué el destino del reino de Judá. Nebucadnetsar, rey de Asiria, lo desrtuyó en -606 y transportó a Babilonia, en cautividad, a la mayor parte de sus pobladores. Dejó sin embargo subsistir un resto de población en el país de Judá, bajo la vigilancia de Guédalia, Gobernador. Sedecías, último rey de Judá, murió reventado los ojos y sus hijos fueron estrangulados (Libro II de los Reyes XXV). Sin embargo, sus dos hijas escaparon a la matanza.

Habiendo sido asesinado Guédalia, ese resto de población judía, temiendo la venganza del rey de Asiria, pasó a Egipto, arrastrando en su huída a los profetas Jeremías y Baruc y a las dos princesas de sangre real, hijas de Sedecías (Jeremías XL-XVIII). Estos cuatro prófugos se embarcaron en Tachphanés (Pélusa) sobre un barco fenicio, con rumbo a las islas del Norte —la Irlanda—, como lo veremos después.

El edicto de Cyro, en -536, permitió a las dos tribus de Judá y Benjamín su regreso a Judea y allí residieron hasta su dispersión en el año 70. Tal es el origen de los judíos actuales.

¿Qué se hicieron las diez tribus perdidas de Israel? Entre los escritos no canónicos, el IV libro de Esdrás (XIII) menciona que las diez tribus traídas en cautividad por Salmanazar, rey de Asiria, atravesaron los desfiladeros del Cáucaso y ganaron el país llamado Ar Sereth (o sea contornearon el Ponto Euxino, pues el Sereth es un afluente del Danubio).

En esa misma época, según Homero y Strabón, es decir el séptimo siglo antes de nuestra Era, los Scytas hacen su aparición en estas regiones. Invaden el país de los cimmerianos que les habían precedido. Plinio precisa: los Sakais o sakaisunas (Saksouns) forman la parte más importante de los Scytas. (Sakai-sunas o Itsak-sen significa en hebreo hijos de Isaac). Venían de la Sakasina, antiguo nombre de la Armenia actual. Llegados a las bocas del Ister, remontaron el valle de ese río que toma desde entonces el nombre de Dan-ubius (de *Dan*, en hebreo: juez). Lo mismo sucede con el Don, Dnieper, Dniester, del antiguo: Dan, Daniper, Danister. Cruzaron en seguida las regiones de Bohemia y de Saxe; descendieron el Elba para llegar al fin al sur del Jutland (Dan-emark), de donde remontan ya sea hacie el norte, parten hacia el este, o se embarcan con rumbo a la Gran Bretaña.

Múltiples concordancias y hechos confirman ese fenómeno histórico. Los anglo-sajones, gracias a su espíritu tradicionalista, nos han conservado el mayor número de ejemplos atestando este origen. Más de mil palabras germánicas poseen un radical o una asonancia hebraica. Ejemplos en la lengua inglesa: *British* (término que designa por excelencia lo británico) es el conjunto de dos palabras hebreas, a saber: *brit*, la alianza, e *ish*, el hombre, *British* significa pues "el hombre de la alianza", es decir Israel. *Britania: brit*, la alianza y *annia*, la Flota, o sea "la Flota de la alianza", etc.

Las medidas conservadas por los ingleses corresponden a las medidas hebraicas. La pulgada es idéntica a la pulgada hebrea. El codo inglés equivale al codo sagrado (con una milésima de diferencia). Recordemos las más antiguas leyes inglesas o alemanas, entre otras las de Alfredo el Grande; las costumbres (por ejemplo aquellas que acompañan a la ceremonia del matrimonio); el derecho de mayorazgo. El Unicornio, animal hebreo, se halla en el escudo de armas de Inglaterra.

Una piedra figura en la ceremonia de la coronación del rey británico. Esta costumbre existía igualmente entre los hebreos. Y sucede que en ambas partes se le llama de la misma manera: " la almohada de Jacob" (la piedra del Destino) y se le unge igualmente de aceite.

¿Y no es suficiente acaso el hecho bastante característico que se observa en cada uno de estos dos pueblos: la necesidad de proclamarse *el pueblo elegido de Dios?* . .

Los factores que caracterizan a Israel están profundamente incrustados en la vida de la población que habita Inglaterra. El paso de ese pueblo de Israel a través de la Germania, los islotes humanos que han permanecido y se han fusionado con los nuevos habitantes, todo ello ha influido ciertamente sobre la formación de una nueva raza dicha *alemana*, cuyas bases se puede afirmar que tienen—como consecuencia a estas constataciones de hecho—un muy apreciable aporte semítico.

He aquí el esbozo de toda una revelación histórica, en estudio actualmente. No obstante, como lo habíamos dicho anteriormente,

esta noción de una ascendencia israelita no es nueva entre los anglosajones; al contrario ella se ha manifestado en el curso de los siglos, ya sea por el pensamiento o ya por la preocupación de tal origen. La reforma, en los pueblos germánicos, es un simple retorno al estudio del Antiguo Testamento y a la pureza inicial del Cristianismo.

III

Veamos la genealogía de los reyes de Inglaterra. (La familia de los Hohenzollern, aliada por su rama femenina a la de los reyes actuales de Inglaterra, se ha interesado vivamente en la investigación de sus orígenes semíticos. Guillermo II, por otra parte, ha ostentado su convicción de ser un biznieto de David y Salomón).

Las crónicas irlandesas nos cuentan la existencia en Tara (colina al sur de Dublin, en otro tiempo localidad poblada) de una hija de Faraón llegada por mar a esas regiones y casada en Irlanda con el príncipe Heremon, contemporáneo y discípulo de Ollan Fola (En hebreo: *Ollan*, tiempo; y en céltico *Fola*, revelador). Este no es otro que Jeremías, cuyo cuerpo fué sepultado en Tara, en un sarcófago llamado *mergesh* (del hebreo: tumba) y designado comúnmente bajo el nombre de "tumba de Jeremías". Es necesario recordar también las leyendes referentes a Baruc y a su Escuela de profetas cantada por Walter Scott. Esas crónicas nos hablan igualmente de la piedra mágica sobre la que son coronados los reyes: "Lia Fail" (*Fail* en hebreo quiere decir escondido, maravilloso).

Fergus, rey de Irlanda, vuélvese rey de Escocia en 513 y lleva consigo la maravillosa piedra. Eduardo I llega a ser rey de Inglaterra y transporta la piedra a Londres. Desde entonces ésta se halla en Westminster. Por la línea femenina, esta genealogía se continúa hasta los reyes actuales.

———

Ante un hecho tan curioso como es el retorno de los judíos a Palestina, bajo la protección de los anglosajones, ¿qué podemos pensar? En todo caso, ésta es una realización de las antiguas profecías. En efecto, Jeremías e Isaías anunciaron en su tiempo lo que ha realizado el Sionismo (resultado de la conquista de Palestina por el general Allenby y la declaración de Lord Balfour).

Jeremías predice: "En esos días la casa de Judá marchará al lado de la casa de Israel y las dos vendrán juntas del país del norte al país que yo he dado en herencia a vuestros padres".

Isaías precisa: "...él recogerá los exilados de Israel y reunirá a los hombres de Judá que se hallan dispersos en los cuatro extremos de la tierra".

Por otra parte, el Eterno, al tratar su alianza con Abraham termina prometiéndole formalmente que su posterioridad poseerá todo el país desde el Nilo hasta el Eufrates (Génesis XV). Es sorprendente constatar que sobre todo ese territorio que se extiende desde el Golfo Pérsico hasta el Egipto, comprendiendo el Irak-Arabi (la Mesopotamia), el Desierto pedregoso de Siria y el Egipto propiamente dicho, los Ingleses reinan como dueños. Acontecimiento notable, pues en la historia antigua de los hebreos, esta profecía no se había realizado aún.

Otro hecho curioso que debemos señalar: los Ingleses se establecen en Egipto después de la batalla de Tel-el-Kébir (6—9—1882) que tuvo lugar en esta tierra de Goscem donde fueron reducidos a la esclavitud 34 siglos antes, los hijos de Israel. (Coincidencia sorprendente).

Una gran verdad se esconde bajo esas líneas de la historia. Y se puede afirmar, al constatarla, que la Historia posee un sentido y leyes especiales. Otras profecías anuncian la supremacía gradual de la Inglaterra sobre la Alemania (Edom), hecho histórico que debe ser realizado completamente dentro de veinte años.

IV

Conclusiones: Los alemanes están mucho más cerca de los judíos que los árabes. Nadie se sorprenda que un ser tan poco letrado como es el Sr. Adolfo Hitler niegue la historia racial de su pueblo y prohiba aceptar el premio Nobel a sus conciudadanos.

Jiménez de Azúa contesta a Marañón

= De *El Sol*. Montevideo, febrero de 1937 =

El doctor Felipe Jiménez de Azúa, catedrático de la Universidad de Zaragoza, ha escrito el siguiente artículo relativo a las recientes actitudes del doctor Gregorio Marañón, puntualizando algunos aspectos que consideramos fundamentales.

Dice así el mencionado artículo:

Las recientes actitudes del doctor Marañón frente a los sucesos de España, podrán sorprender levemente, pero no admirar mucho a los que de antiguo conocemos al sabio endocrinólogo.

El doctor Marañón, por su vida triunfal y fácil, debida al talento y a la suerte—no hay que olvidar que genios como Cajal tuvieron que recorrer penosos caminos hasta llegar a la gloria—no estuvo en contacto ni pudo amar al pueblo, al que sólo conocía como " casos clínicos", a través de las consultas del Hospital.

A su consulta particular concurría especialmente la aristocracia y hasta la ex-reina, rindiendo el orgullo del trono, frecuentó sus salas de espera. Mimado por la fortuna, no puede extrañar que Marañón no quisiera resignarse con el papel, siempre en la penumbra, del hombre de ciencia, y aspirase a desempeñar, de algún modo, un papel histórico en la política. Por eso se rebeló contra la tiranía de opereta bufa contra la que la misma aristocracia conspiraba y más tarde se destacó de modo singular en el paso de la monarquía a la república, creyendo, quizá, que podría seguir gozando de los mismos privilegios y de las mismas amistades.

Yo no pretendo adivinar los encontrados pensamientos del doctor Marañón en los meses subsiguientes, cuando ocupaba un puesto mudo en el rincón olímpico de aquellas Cortes Constituyentes y no quiero buscarla en las causas, porque lo importante es el fin. Lo cierto es que desde el año 1934—y esto parece que se ignora en los países del Plata—el izquierdismo de Marañón sufre un total eclipse y aparece ya nuestro gran astro de la medicina radiando su luz sobre el binomio compuesto por el fascista-vaticanista Gil Robles y el inclasificable Ale Lerroux.

Durante las casi semanales crisis que se produjeron en los meses siguientes a la participación de Gil Robles en el Gobierno, todos los españoles pudimos oír por el radio y leer en la prensa las palabras de nuestro gran científico, aconsejando al Presidente de la República señor Alcalá Zamora que mantuviera en el poder a los políticos citados.

Es decir, y quede esto perfectamente establecido: el doctor Marañón se enrolaba francamente en las derechas españolas, siendo un elemento peligroso por su talento. Tampoco eran desconocidas las actividades fascistas de su hijo, aunque hay que reconocer en este último la falta de peligrosidad.

Se sublevan los militares y entonces la situación del doctor Marañón, sorprendido en Madrid, no resulta tan cómoda y amable como aquella que la fortuna le había siempre reservado. Por eso pretende enmascarar su derechismo inmascarable: rechaza una invitación del Uruguay, alegando que todos los buenos españoles deben permanecer en el país; pronuncia un discurso por la Radio Comunista, demasiado insustancial por el tema y por las palabras para que ahora nos diga que fué arrancado por la fuerza y, finalmente, ingresa en la Confederación Nacional del Trabajo, con lo que se declara anarco-sindicalista. Por último, sin necesidad de disfraz, sin obstáculo alguno, sale el doctor Marañón de España.

Y ahora, desde Francia, el doctor Marañón nos habla de la bolchevización de Madrid, de sus "checas" terribles y de los prohombres izquierdistas de la política y de la ciencia aventando su pavor por los países de Europa y América.

El doctor Marañón es demasiado inteligente para que yo tenga que explicarle que lo que él considera imitada bolchevización de Madrid no es sino una pasajera proletarización como la del 2 de mayo. Madrid fué desde el principio una ciudad atacada y como tal hubiera tenido que militarizarse. Ahora bien, carente de ejército regular, su ejército defensor fué el pueblo y por tanto la militarización de la ciudad tuvo que presentar un aspecto particular que pudiéramos llamar proletarización, con indisciplinas y autonomías que se van perdiendo a medida que se organiza el nuevo ejército regular.

Por lo que se refiere a los prohombres republicanos cuya presencia en el extranjero no está justificada por el cumplimiento de una misión cabría preguntar si no es más cierto que su salida de España se debe al temor de los reales y nada piadosos bombardeos aéreos que no respetan la ciudad ni pueblos de nuestro lado y no a los "desmanes de las hordas marxistas", como supone malévolamente el querido doctor.

Yo no quiero preguntar al doctor Marañón cuál es su opinión respecto a la insurrección de los militares, ni al funcionamiento de sus "checas" gamadas y santificadas cuando menos por dos religiones, la católica y la mahometana, esas "checas" que en lugar de absolver, como parece que hicieron los que tuvieron en sus garras al insigne médico, mandaron fusilar a García Lorca en Gra-

nada, a Sadí de Buen — prestigio científico tan destacado como el doctor Marañón— en Sevilla, a Pérez Serrano—eminente cirujano—en Zaragoza, por no citar sino algunos de los más conocidos entre los desprovistos de actividades políticas. Tampoco quiero preguntar al doctor Marañón su opinión acerca de los fusilamientos en Badajoz, de la muerte con banderillas y estoque del diputado Manso en Salamanca, de las violaciones cometidas por los moros, etc.; ni quisiera saber su modo de pensar respecto a la falta de control de las masas republicanas y a la "disciplina" del ejército sublevado. No obstante esa falta de control los refugiados de la Embajada Argentina en Madrid han pasado extensos territorios sin ser molestados y el mismo Dr. Marañón pudo abandonar el país sin disfraz. En cambio, el doctor Sánchez Guisande, decano de la Facultad de Medicina de Zaragoza, a quien las autoridades rebeldes aragonesas quisieron salvar por amistad personal, tuvo que salir disfrazado, después de haber hecho público su fusilamiento.

No formulo esas preguntas al doctor Marañón, porque yo mismo deseo que no sean contestadas.

El sabio profesor no ignora, aunque parezca lo contrario, que de las soluciones que pueda tener el problema español la menos probable es la solución comunista, que ni la misma Rusia desea. Sólo una pequeña parte del proletariado español aspira a ella, pero en cambio se oponen no sólo los partidos republicanos burgueses, sino también los socialistas moderados y los compañeros del doctor Marañón en la Confederación Nacional del Trabajo. El programa anarquista de muchos de los afiliados de esta sindical se transformará, al ser llevado de la teoría quimérica a la realidad, en un programa que poco o nada difiere del republicanismo federal de Pí y Margall, como se ha hecho notar en muchos actos públicos en Cataluña, principal sede de la C. N. T.

Y cuando una república democrática se instaure en España, el doctor Marañón, que únicamente ha lanzado sus anatemas contra su bolchevización, podrá volver a la Patria.

Dejémosle también la puerta abierta respetando su silencio, para el caso de una hipotética victoria de los países fascistas. Jamás me perdonaría que mi curiosidad pudiera privar a España de una mentalidad tan poderosa y definida como la del doctor Marañón.

Cuando no se cuenta con ellos, es porque no se cuenta con la nación.

En el Perú hay una tragedia

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

= *Envío del autor*. Santiago de Chile, febrero de 1937 =

Hay pequeños hechos en la historia de cada pueblo, que sin embargo alcanzan una resonancia y una trascendencia definitivas. Episodios que producidos en el instante preciso, se convierten en sucesos decisivos. Nadie pensó cuando ocurrió la muerte del teniente Castillo en España, que seguiría la eliminación de Calvo Sotelo, y a ésta, la tremenda guerra civil, que se libra ahora en la península.

Hasta hace poco habrá quienes creían que los desterrados apristas hacíamos una campaña mistificadora contra el régimen que prima en el Perú. Las elecciones de octubre demostraron dos hechos: que somos la fuerza decisiva en el pueblo y que el régimen no titubea ante nada y sacrifica todo escrúpulo al desconocer elecciones que él mismo había convocado y a un candidato que él mismo había reconocido como legal.

FUSILAMIENTOS DE NIÑOS Y ASESINATOS DE LIDERES.

Planteadas así las cosas, el alza mundial de algunos productos tuvo como resultado dar la apariencia de prosperidad en el Perú. Para algunos, la prosperidad material es bastante razón de vida. Si hay oro, debe haber satisfacción. No importa que los poderes ejecutivo y legislativo estén en una sola mano y que ahora, mediante un decreto reciente, el poder judicial pase a ser controlado también por la única mano que dirige la vida oficial peruana. Hay oro, luego, el derecho a la protesta y el derecho a la dignidad quedan cancelados. Con oro caben dignos, según la opinión del vientre. El Perú debía vivir resignado.

Los sucesos han sido sin embargo diversos. Y no es ya declaración nuestra. Es que el 12 de enero hubo un conflicto de orden militar y a consecuencia de ello multitud de presos. Es que las prisiones son hoy lugares de inenarrables torturas. Y es que de la desmoralización se ha tratado de hacer una industria nacional. Desmoralizar no ha sido nunca un sistema de dignificar ni de dar realce a una nación. Es apenas el arte de mantenerse efímeramente en el usufructo deshonesto de posiciones conquistadas de cualquier modo. Pues bien: a ese hecho tangible del 12 de enero, se han venido a agregar otros hechos más: uno, la ley que establece fusilamientos descarados y confinamientos "legales"—los hay unos y otros, desde hace seis años — no sólo para los mayores de edad, sino también para los adolescentes de 18 a 21 años y para los de 16 a 18; y el otro hecho es el asesinato a sangre fría cometido en la persona del líder aprista Manuel Arévalo.

PERU MAS DRASTICO QUE ESPAÑA.

En España los gubernamentales acaban de descubrir en pleno Madrid a un espía italiano, al joven estudiante Pistoletti. Comprobaron que residía en una casa premunida de la protección diplomática y que desde ella hacía indicaciones por radio a los rebeldes. Un Tribunal Militar se reúne a juzgarlo. España no vive la época de pseudo legalismo: vive en desembozada guerra. Pero, sin embargo, la Corte Marcial resuelve condenar al joven espía Pistoletti sólo a seis años de trabajos forzados, librándolo de la muerte sólo porque es joven, porque tiene 18 años. En el Perú no hay la guerra cruenta de España, pero, sin embargo, se comprende en la pena de muerte a los jóvenes de 18 años que atenten contra la policía. La guerra contra la juventud es el síntoma de todo sistema en descomposición. Sin los jóvenes no hay nación que perdure ni credo que sobreviva.

AREVALO EL MARTIR.

Pero, algo más. En Trujillo, desde hacía más de dos años, estaba perseguido Manuel Arévalo. ¿Quién era —duele el verbo— quién era Manuel Arévalo? Manuel Arévalo era un hombre sencillo, sano, generoso, arrojado y de talento. Primero, cañavelero; luego, mecánico, después estudiante, a los 26 años le seguían las masas obreras del departamento de La Libertad. En 1931 fué electo diputado. En pocos meses se convertía de orador titubeante, en conductor seguro y ponderado. Leía, tragaba los libros con avidez. Partió al destierro y vivió límpidamente en el exilio en Panamá y Ecuador. Volvió al Perú y siguió entregado a la causa del aprismo. Le designaron Secretario Regional del Norte. Listo a acudir a los lugares de peligro, disciplinado y tenaz, pronto hizo en él blanco la saña civilista. Desde setiembre de 1934, siendo candidato a reconquistar su cargo, estaba perseguido. Sin embargo, no abandona su timón de líder. En veintinueve meses no cejó jamás. Ultimamente fué al fin apresado. La tortura le visitó en la celda. Los presos se crisparon oyendo los alaridos del mártir. Arévalo, fuerte de alma y cuerpo resistió entero. Esto, en Trujillo, a muchas millas de Lima. En tanto, caía fulminado en Lima un delator —recalco: en Lima— y estando Arévalo preso en Trujillo. Casi en seguida se dispuso que Arévalo fuera conducido por tierra a Lima.

15 TIROS A UN ENCADENADO

Lo llevaban en auto policías armados. Cuando entró al departamento de Lima, después de cruzar las serranías de Ancash, los campos mil veces trajinados del departamento de La Libertad, de Lima, despacharon a dos agentes de la Brigada Política, cuyo personal, tiene un subido porcentaje de excarcelados. A partir de ese momento, Arévalo, que iba esposado, comenzó a sufrir nuevas torturas. Alguien le vió en el camino, y él dijo: "Me están matando". *El Comercio* de Lima, en su edición del 19 de febrero sigue haciendo el relato. El día 18, entre Paramonga y Huacho, unos viajeros distinguen grandes cuajarones de sangre, y el corresponsal de *El Comercio* telegrafía diciendo que se sospecha que ha ocurrido un crimen en el camino en Colorado Chaco. ¡Se sospecha! Al día siguiente, oficialmente se declara que en momentos en que el auto sufría una descompostura, Arévalo pretendió huir. No había, al parecer, más testigo que los dos agentes enviados ad hoc. Arévalo, dice la ingenua declaración oficial, arrojó unas piedras. La respuesta fué plomo: Arévalo, líder aprista, de 34 años, rodó sin vida, 15 balas acribillaron su cuerpo, cuyas manos estaban encadenadas. Lo enterraron de cualquier modo en Huacho. La ley fuga se aplicó siempre de igual manera.

SE HA INICIADO LA GUERRA A MUERTE

Ya lo sabemos ahora. Ya lo saben todos. En 1932, cuando nos mataban seis mil hermanos, el oficialismo declaraba que éramos nosotros los asesinos. Nadie se atreve a sostener ya tal. La tiranía de Sánchez Cerro tiene

su signo sangriento al igual que la de Rosas y las de su ralea. Pero, ahora, ¿en dónde están los defensores del régimen tolerante y de apaciguamiento que veían algunos en el Perú? No contesto a la pregunta. La formulo e interrogo a quienes son capaces de discriminar sin pasión. Y a ellos les recuerdo que este episodio de la lucha peruana, en que nos han asesinado a uno de nuestros más queridos hermanos, es un episodio de más trascendencia de la que aparentemente luce. Es la notificación de que la lucha a muerte es ahora sin caretas. De que el período sangriento se reinicia sin pelotones de fusilamiento, pero con la misma ley de fuga que eliminó cobardemente al escolar Cavides, en Ayacucho, hace dos años. En esta guerra no hay ya privilegios ni excusas. Es guerra a muerte. Cuanto más franca mejor. Con nosotros están la juventud y la justicia. Y la victoria—abonada por nueva sangre, por sangre de Arévalo—la victoria ahora más que nunca, la victoria vendrá también.

Los embajadores de las Musas

...Cuatro noches antes de su muerte (*), *la del sábado* 19 *de setiembre de* 1896, *don Rafael Obligado, flamante presidente del* Ateneo, *inauguraba el ciclo de conferencias que iba a restaurar en Buenos Aires el culto del arte y de la belleza. Un aire ático perfumaba el tráfago urbano en las vecindades del trasmutado* Bon Marché... *Aquella noche habló Rubén Darío sobre* Eugenio de Castro y la literatura portuguesa, *ante una concurrencia de mujeres hermosas y hombres recelosos y jóvenes vehementes. "Este poeta no es un argentino ni es en realidad un americano" —dijo el cantor de* Santos Vega, *al presentar, con hidalguía de viejos tiempos, al panegirista de Verlaine. "Su musa—agregó—no tiene patria en el continente; la tiene en el seno de la belleza". Y pidió al público que se pusiera de pie, " para enviar desde el Plata, y por primera vez, un saludo a nuestras hermanas las repúblicas de la América Central"...*

(Lo cuenta *Rafael Alberto Arrieta* en su libro *Presencias*. Buenos Aires. 1936).

(*) La del poeta argentino Ricardo Gutiérrez.

Korn halla a Kant

Simultáneamente con el ejercicio de la medicina, Korn actuó en la docencia secundaria y superior. De 1888 *a* 1896 *enseñó anatomía en el colegio nacional de La Plata. Estuvo alejado de las aulas por espacio de diez años, reincorporándose a la docencia en* 1906 *como profesor suplente de historia de la filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. A fines de* 1909, *por renuncia del Dr. Keiper, ocupó como titular la citada cátedra.*

La personalidad de Korn adquirió entonces sus verdaderas proporciones. Su dominio del alemán lo puso en contacto directo con las fuentes vivas de la filosofía, especialmente con Kant, que había de ser su numen y su guía. Refería Korn en forma humorística, su hallazgo del creador del criticismo: en busca de antecedentes para sus informes médico-legales, dió con la Crítica de la razón pura *y ya no la abandonó más. Lo cierto es que una juvenil afición a las letras se fué concretando, merced a las metódicas lecturas realizadas en su retiro de Melchor Romero, en una sólida vocación por las especulaciones teóricas que lo convertirían, con el andar de los años, en la más alta expresión filosófica de la Argentina.*

(De *Luis Aznar*, en la introducción al libro del Dr. Alejandro Korn: *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Editorial *Claridad*. Buenos Aires).

Quién fue Guillermo...

(*Viene de la página* 216)

Mayne Reid, procedente de la Inglaterra libre y no de la España inquisitorial, declara, sin hipocresías, cuánto tiene que agradecer a la inmensidad virginal de la tierra que Colón descubriera. Acaso Valdivia, Pizarro, Cortés, Meneses, la Quintrala, sintieron ese mismo júbilo. ¡Pero no lo dijeron nunca! Tampoco lo confiesan los españoles de ahora.

Mayne Reid escribe: "En Luisiana hay tres millones de esclavos para veinte millones de amos. Pero en mi tierra, en Inglaterra, hay veinte millones de esclavos para tres millones de amos mucho más crueles y solapados. Por mi alma, juro que la esclavitud en Luisiana es menos degradante que aquella de la blanca plebe de Inglaterra."

Es posible que el capítulo del célebre escritor sea tan actual ahora como entonces.

Hay una pequeña paradoja en estas líneas. La paradoja es el alma de todo. Esta América, que los escritores españoles no han sabido explicarse nunca, esta América que los ingleses aman y comprenden, es el fruto de los conquistadores del siglo XVI y de las indias. La América criolla es todavía una Arcadia, una esperanza inmensa. Pequeños aspectos, al parecer insignificantes, son ya apreciados por norteamericanos e ingleses: la mano de obra, los empleados, son los más dóciles y baratos del Nuevo Mundo. Y es en la literatura, en esos atisbos de centenares de magazines anglo-sajones, donde se nota la atracción que ejercemos. No podríamos abrir un periódico de cuentos, de *short stories* yanquis o ingleses, sin que encontremos pruebas de la obsesión por el moreno sur. Edna Ferber, moderna novelista yanqui, acaba de dar un cuento muy curioso titulado *They brought their women*. Se trata simplemente de un comerciante norteamericano de buena familia, que parte para México por negocios y sufre la atracción telúrica en la forma de la cocinera indígena, que termina por atraparle y llevarle a su pueblo natal.

La adhesión al Cacique

Las tribus, tomado el Cacique prisionero, se han presentado voluntarias, porque en la destitución y desamparo del hombre primitivo, esta es la noción primitiva del gobierno, la adhesión al Cacique, que es como la encarnación de la sociedad, es decir la autoridad personal, que aún conserva vestigios entre nosotros y en Europa, y puede explicar un poco la adhesión de los que siguen a un jefe de partido, lo derroten o venza, sea delincuente o justo, y legitiman y deslegitiman gobiernos que no sean el del Cacique.

(De *D. F. Sarmiento*, en el tomo XI de su *Obras*. Buenos Aires. 1900).

Lo que una de las Marías pensaba de Jesús

Su cabeza siempre en alto, y en sus ojos la llama de Dios.

A menudo estaba triste, pero su tristeza era la ternura que mostraba a los que sufrían, y la solidaridad que daba a los solitarios.

Cuando sonreía, su sonrisa era como el hambre de los que anhelan lo desconocido. Como polvo de estrellas que cayera sobre los párpados de los niños. Y era como un manjar en la garganta.

Estaba triste, pero era una tristeza que subía a los labios y se convertía en sonrisa.

Era como un velo dorado en la floresta cuando el otoño ha caído sobre el mundo. Y algunas veces parecía la luz de la luna cayendo sobre las orillas del lago.

Sonreía como si sus labios fueran a cantar en una fiesta de bodas.

Y, sin embargo, era triste, con la tristeza de los seres alados que no tienen pretensión de superioridad sobre sus compañeros.

Traduce Gris. De *Jesus, the son of Man*, de Kahlil Gibran.—Costa Rica, 1937.

Otra vez por acá...

(Viene de la última página)

ejemplo, acepte que los Estados Unidos le construyan el camino. Al contrario, los bienes vendrán torrencialmente, porque se abren regiones a la explotación agrícola y comercial. Tampoco lo hay en que Costa Rica construya por su propia cuenta esa Carretera tal y como la ha planeado el Departamento de Estado. No entienden que semejante empresa tiene que ser fatalmente para el imperialismo yanqui. Y lo que esto significa! Empresa al servicio del imperialismo yanqui en país indefenso como el nuestro significa simplemente esclavitud. Este aleccionado Tucker Brown que como agente del Departamento de Estado, nos ha visitado haciendo los trazados de la Carretera Panamericana en la sección de Costa Rica, abrió mucho los ojos cuando pasó por cada punto de esta geografía sorprende. En 1931, comentamos palabras suyas y dijimos cómo le había interesado el Río Savegre que "tiene una potencia enorme paro el desarrollo de fuerzas hidráulicas". Le interesó el valle de El General que es "rica región y accesible, inculta por completo, habitada principalmente por indios, con grandes posibilidades para la agricultura". Eso vió en el Sur por donde trazó la Carretera. Es decir, la carretera atravesará una región intocada con recursos naturales estupendos. ¿Y qué es la Carretera Panamericana ideada por el Departamento de Estado? No es, ya lo tenemos dicho, la trocha de cinco o diez metros a lo largo de nuestro territorio. Es algo más que la trocha de concreto. Es la base militar, es el aeropuerto, es la planta eléctrica en las cercanías de un canal en donde la electricidad lo mueve todo, es el centro agrícola cercano a la zona canalera que consume toneladas de alimentos. De suerte que la trocha puede ser una faja de más o menos extensión, pero lo que está pegado a la trocha y que la sigue fatalmente cuando la Carretera es obra de conquista imperialista, eso es lo que debemos vigilar. Y no ilusionarnos con la mentida civilización de la Carretera. El país será cruzado por ella, pero desde ese momento va a adquirir la fisonomía completa de posesión yanqui.

Hace poco llegamos a la Sabana cuando dieciseis y veinte aviones militares yanquis ponían en movimiento sus motores para elevarse en vuelo hacia el Canal de Panamá. El ruido y el viento eran cosa terrible. Los aviadores bien disciplinados ponían en orden sus aparatos. Uno a uno fué emprendiendo el vuelo y ya en el aire, todos formaron como pequeñas bandadas de gerifaltes. Pensamos en lo que será en un futuro cercano la Sabana. La agencia imperialista conocida con el nombre Pan American Airways Inc., consiguió que el Gobierno de Costa Rica arrebatara a la ciudad de San José ese hermoso valle y va a transformarlo en campo de aterrizaje. Y la empresa de aviación no trabaja por propia iniciativa. Detrás de ella está el poder que la creó y la sigue impulsando en la conquista. El Departamento de Comercio de los Estados Unidos sigue pie a pie el crecimiento de la Pan American Airways Inc. Por eso nuestro Gobierno cedió con tanta facilidad. De suerte que la Sabana, el lugar en donde la ciudad ha venido expansionándose sin estorbos, ha sido entregada a la empresa de aviación hija del imperialismo yanqui. El campo de aterrizaje quedará construido de acuerdo con los planos que los mismos ingenieros de la Pan American Airways Inc. vinieron a trazar para el Gobierno. Y no será aeropuerto que pertenezca al país. No puede serlo, porque lo ha impuesto la necesidad de esa compañía. Y como consecuencia, para las naves militares del Gobierno de los Estados Unidos. El espectáculo, que nos hizo meditar, de veinte aviones militares elevándose desde un rincón de nuestra Sabana, será el espectáculo corriente en un futuro cercano. Desaparecerá la Sabana como campo en donde todos pueden ir a llenarse con libertad de buen aire los pulmones. Se convertirá en el aeropuerto con todos los adelantos paa que los aviones de la Pan American Airways tengan seguro campo donde aterrizar. Se convertirá como consecuencia en el sitio de aterrizaje y de permanencia de los aviones militares de los Estados Unidos. Las cercanías del Canal de Panamá, obra estratégica del imperialismo yanqui, imponen la transformación de la Sabana en aeropuerto.

Así la Carretera Panamericana. No la impulsa el Departamento de Estado por afán de civilizarnos. Ha tenido que hacerlo directamente por tratarse de una empresa que hace imposible el testaferro. Con la Sabana pudo usar el testaferro de la Pan American Airways Inc. Mas el volumen de la carretera Panamericana no deja formar empresa alguna capaz de impulsarla ante los gobiernos sumisos. El Departamento de Estado ha venido a tratar directamente. Necesita la Carretera y ofrece dinero a estos gobiernos. Es Carretera para el imperialismo que ha construido el Canal de Panamá y lo encuentra sin la defensa terrestre de la vasta red de caminos centroamericanos.

¿Detendremos la construcción de la Carretera Panamericana con nuestros comentarios? No lo crea así el burlón. Hablamos, porque es preciso hablar. Tampoco hicimos nada pidiendo que no se entregara la Sabana a la Pan American Airways. Estas empresas planeadas por el imperialismo yanqui no temen a los opositores. Pero los opositores deben existir. La Carretera será terminada hasta topar con el Canal de Panamá. Y la controlará el yanqui imperialista. Y la tierra y las aguas vecinas a la ruta serán para el imperialismo. No es vaticinio sino conclusión de lo que ese imperialismo ha hecho en países conquistados por él.

Los necios dirán que tenemos Carretera impulsando el progreso. Dirán que nos han civilizado. No sentirán la opresión. Y no por eso dejaremos de caminar rápidamente hacia la condición de factoría. La imprevisión de unos hombres que quieren tan sólo vivir el momento, está haciendo que el imperialismo yanqui nos conquiste. Somos factorías de ese imperialismo.

Orfeo

= *Envío del autor. Quito, Ecuador, marzo 9 de 1937* =

Ya está podrida la miel de las rosas!
Podéis venir a ver el olfato del perfume en escombros.
Esta herida que deja escapar un trino
lastimado fieramente en las alas.
Y el naufragio inaudito de una gaviota
partida en dos por un rayo.

Al fondo del orgullo que acaso tú presientes:
—humillada, lastimosa, inhábil—
cada vez que intentas sumergir,
ensancha un polipero la marea de insomnios.

Ya podéis venir a oír cómo tenaz me busca la muerte,
cómo quiebra el vértigo el dolor de los ojos
y cómo oculta el odio el cenit del deseo.

Levantad sin pavor la persiana de músicas
*y ojalá no logre filtrarse esa **nube***
condensada precisamente de lealdades:
sería capaz de sacar al trío del Invierno del espejo
desatando una lluvia importuna de lágrimas.

No hay que preguntar nada al silencio,
ni al latido, ni a la mirada henchida de soberbia.
No hay que sufrir porque sufra la melodía
la caída de un ángel desde el último peldaño de la flauta.

Es que ya nuestro sueño está de bruces
abandonado y solo,
sobre la geometría de rabia que han dibujado
los crueles estiletes de los tábanos
y los dientes de la hiena rayada.

Algo que no es siquiera recuerdo:
un susurro indecible de venenos inertes,
un tufo de destiempo embriagado,
un microbio de angustias sin fechas y sin nombres;
he sorprendido cuando menos lo esperaba
resbalando el declive de un rayo de luz ácida,
invirtiendo el orden de mi propia exigencia,
—logaritmo olvidado—
cada día más exacta y cada día menos cálida.

Ya vuelvo a ti los ojos, Orfeo.
Tú, puedes decirme sin palabras
de qué melancolía se nutre esa dalia incomprensible
marchitándose al filo de la voz húmeda de bemoles.
Ah!... Orfeo.... Tú que subes a la tempestad
desde una humilde gota de agua,
dispersa el ozono en el rencor del aire,
que no se deje ver en la mirada el grisú del olvido,
que no sople el otoño en la memoria,
que el hielo ni el calor se mezclen a la sangre
a la hora puntual que descuelgan la luz las aondras de aba.

Ignacio Lasso

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
EN COSTA RICA:
Suscrición Mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE. $3.50.
EL AÑO, $6.00 O. AM.
GIRO BANCARIO SOBRE
NUEVA YORK

Otra vez por acá el peligroso Mr. Brown?...

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración.* Costa Rica y abril de 1937 =

El Departamento de Estado no quiere más esperas y ha resuelto imponer a estos países la construcción inmediata de la proyectada Carretera Panamericana. Desde el año 1931 la agencia llamada "United States Bureau of Public Roads" tiene los planos de esa vía estratégica. Nuestro país, por ejemplo, fué recorrido por el Ingro. yanqui D. Tucker Brown, quien no sólo recogió con los técnicos a su servicio los datos para el trazado de la Carretera en esta sección, sino que puso atención en caídas de agua y tierras feraces. La región Sur de Costa Rica interesó al experto yanqui y habló de sus recursos y reservas. El Departamento de Estado posee desde entonces todo lo que necesita para la obra de conquista. Ahora se encuentra de nuevo en este país el señor Brown, ya en entendimientos oficiales con los hombres del Gobierno.

No tiene nada que ocultar y habla en nombre del Gobierno de los Estados Unidos. Ese Gobierno lo ha mandado a ofrecer al nuestro lo que necesite para comenzar la Carretera en esta sección. Es decir, el Departamento de Estado afirma abiertamente que la obra no puede serle indiferente. Ha ofrecido la construcción de los puentes que el camino exige y en su trazado por expertos yanquis. Mas aquí no quieren puentes y piden construcción de cierto número de millas de camino. No ha habido, desde luego, discusiones. Ni el Sr. Brown ha venido a discutir. Al Departamento de Estado le conviene disimular y lo mismo le da participar con una o con otra cosa. Mejor querría ese Departamento que estos Gobiernos lo dejaran hacer solo la Carretera. Pero salva las apariencias y pone el escenario de la conversación para hacer ver que sólo ayuda da sin exigirnos nada. El público observa el escenario y oye las voces. Y piensa en verdad que a los Gobiernos se les da oportunidad de elegir en una cuestión de tanta importancia.

Mas no hay elección posible. Este señor Brown habla como representante del Departamento de Estado. Y el Departamento no tiene por qué solicitar pareceres acerca de la empresa que necesita, que es parte del plan de conquista imperialista. Cuando ideó la construcción de semejante camino no fué para hacer castillos en el aire. Primero fabricó el Canal de Panamá como obra de función comercial y militar. Pronto comprendió su inutilidad como instrumento de guerra si no era complementado con la inmensa vía terrestre que permitiera unirlo al propio corazón de los Estados Unidos. El Canal necesita defensas porque en una guerra nadie puede preveer cuáles van a ser los medios de destrucción puestos en práctica por el enemigo. Una carretera desde suelo yanqui hasta el borde del Canal es la defensa perfecta de la obra canalera. El Departamento de Estado ha trabajado sistemáticamente en el trazado de la Carretera Panamericana. En todos los tonos han dicho los voceros del imperialismo yanqui que tal Carretera no podrá ser jamás complemento del Canal.



Vamos, pues, hijo viril:
vamos los dos: si yo muero,
me besas: si tú... ¡prefiero
verte muerto a verte vil!

José Martí

Linóleo de *Laporte*

Lo cierto es que llegó el momento de construirla y los ofrecimientos del Departamento de Estado a nuestros Gobiernos son tan reiterados que no podemos dudar del inmenso interés que aquella agencia imperialista tiene en la empresa. Dinero y materiales ofrecen los Tucker Brown autorizado por el Departamento de Estado. No importa que para estos países la construcción del trecho de Carretera signifique el desembolso de enormes sumas de dinero. Si no las tienen, los Estados Unidos hacen el empréstito y exigen la garantía. La misma Carretera podrá ser garantía. Interesa, urge su construcción y el Departamento de Estado no sabe de esperas cuando oye la hora de la necesidad. Es una necesidad estratégica la que impone la terminación de la Carretera y a decirlo vino el señor Tucker Brown.

De suerte que vamos a tener Carretera Panamericana. Y con ella el cortejo de exigencias imperialistas. Nos civiliza del imperialismo yanqui. Pero nos civiliza a su modo. La civilización de la carretera es una de las más crueles. Recordemos a Puerto Rico. Cuando se anexionó a ese país emprendió la obra de cruzarlo de caminos. Enseguida desalojó de las tierras al puertorriqueño para pasarlas a las grandes empresas de explotación yanqui. La carretera unió así latifundios yanquis. Y Puerto Rico recibió el influjo de la civilización. El guajiro muere de hambre y de necesidad porque ha quedado en condición de arrimadizo. Mas en cambio, Puerto Rico tiene carreteras sobre las cuales ruedan millares de camiones quemando millares de galones de gasolina. Esos camiones arrastran los productos de aquel suelo feraz y no para el puertorriqueño sino para el empresario yanqui.

Esa es la civilización de la carretera que pregonan los amigos de la conquista. Para ellos no hay mal alguno en que Costa Rica, por

(*Concluye en la página anterior*)

Un posible crimen

México, D. F.—marzo 37.

Sr. D. Joaquín García Monge,
San José, Costa Rica.
Mi querido compañero:

Abel Angel Cuenca, estudiante, escritor y revolucionario salvadoreño, acaba de ser preso en Honduras y se halla bajo la amenaza de ser trasladado a El Salvador donde, debido a su actuación durante la insurrección campesina del 32, sería con seguridad sacrificado. Usted sabe hasta dónde puede ser útil que se publique este posible crimen de la dictadura del siniestro Martínez. Hagamos todos algo por impedirlo. Usted, desde su Repertorio puede hacer mucho. No deje de hacerlo.

Ordene como guste a su amigo y servidor,

Juan Marinello

Imp. Borrasé Hermanos.—San José, Costa Rica